

Incidencia del paisaje mosqueruno en la sensibilidad de los personajes de la obra Memorias de la Sabana de Roberto Urdaneta Gómez

Proyecto presentado para obtener el título de
Profesional en Estudios Literarios
Universidad Autónoma de Bucaramanga

Óscar Javier Bellón Chacón

2020

Incidencia del paisaje mosqueruno en la sensibilidad de los personajes de la obra Memorias de la Sabana de Roberto Urdaneta Gómez

Proyecto presentado para obtener el título de
Profesional en Estudios Literarios
Universidad Autónoma de Bucaramanga

Director:

Nicolás Cadavid

Óscar Javier Bellón Chacón

2020

A mi sensibilidad espacial

Tabla de contenido

Introducción	5
El paisaje desde lo literario	9
Espacio y paisaje	11
La narración del paisaje.....	21
El paisaje urbano y su presencia en la obra.....	25
El paisaje en el viaje colombiano de la literatura.....	31
El paisaje de Mosquera en la novela	35
El paisaje y sus riquezas.....	44
Transformación del paisaje mosqueruno.....	48
El paisaje de Mosquera desde la psicología ambiental	52
El paisaje como fuente de sensibilidad.....	59
Paisajes literarios.....	59
Las haciendas de Mosquera y su tiempo	66
La hacienda Malta como escenario de vida	71
El lector de memorias de la sabana según Bachelard.....	76
Roberto Urdaneta Gómez, literatura y sensibilidad	80
Conclusiones	90
Bibliografía.....	89

Introducción

En este trabajo investigativo se contextualiza la forma en que el autor Roberto Urdaneta Gómez plantea el paisaje de Mosquera Cundinamarca en su novela *Memorias de la Sabana* (2002), como fuente inspiradora de la trama narrativa y la trascendencia sensitiva de este paisaje sabanero en los personajes que intervienen en la novela. Más que un patrimonio literario mosqueruno, dicha obra evidencia una postura frente a la vida en Mosquera y sus características acordes al territorio; además de una época en particular. Asimismo, se ahonda en el paisaje desde la realidad moldeada por el autor mediante una historia que toma elementos de la realidad y en particular de su vida personal. Cambiando uno que otro nombre, pero, siendo siempre fiel a su ímpetu de salubridad moral con ese joven que clama por revivir sus memorias.

El viaje paisajístico es una de las experiencias narrativas a las que nos invita el arte literario desde su concepción. Los elementos bucólicos muchas veces se desprenden de su situación de ser testigos silenciosos o piezas de ornamento narrativo y toman protagonismo. Para aproximarnos más a esta situación, remitámonos a la aventura lectora, como un viaje en el tiempo, que indiscutiblemente involucra al espacio; dada la intrínseca relación entre estos dos componentes, no solo de la literatura, sino de la vida en general. A través de la relación cronotópica entre tiempo y espacio, fundamentamos nuestro plano, en el cual nos relacionamos con el mundo. El espacio observa, influye y calla los pensamientos, las palabras y las acciones de los personajes que intervienen en las historias. Desde el fondo, el espacio ha pasado al frente, le definimos y su trascendencia es semiótica. En este momento, puntualizamos sobre conceptos a veces pasados por alto o no diferenciados; como la definición de espacio y paisaje.

Para afrontar adecuadamente el viaje literario de la obra *Memorias de la Sabana*, nuestra principal motivación surge a partir de la siguiente incógnita: ¿cuál es y porqué se produce la incidencia del paisaje mosqueruno en los personajes de la novela *Memorias de la Sabana* de Roberto Urdaneta Gómez? De esta manera invito a tener en cuenta los aspectos anteriormente nombrados como lo son el tiempo, el espacio y los paisajes. Los dos primeros sabemos que están continuamente entrelazados, pero, ¿el paisaje?... ¿qué es un paisaje?, ¿acaso no es lo mismo que un espacio? Estas preguntas serán resueltas de una manera práctica desde el primer capítulo titulado “El paisaje desde lo literario”, donde abordamos las particularidades que se presentan en la narración y caracterización de los paisajes, el paisaje urbano y su presencia en la obra; dadas las características de transformación del municipio de Mosquera en ciudad intermedia y del sector de la Sabana de Bogotá. El primer capítulo lo finalizamos contextualizando el paisaje en el viaje colombiano de la literatura, a través de diferentes y célebres obras literarias colombianas y su evidencia paisajística; puntualizando la importancia de la subjetividad y la experiencia en los viajes y la contemplación del entorno característico de diferentes territorios.

En el segundo capítulo titulado “El paisaje de Mosquera en la novela”, se contextualiza la importancia de las peculiaridades del paisaje mosqueruno, sus riquezas y papel decisivo como influencia en la vida de sus habitantes. Seguidamente en la transformación del paisaje mosqueruno, abordamos el fenómeno social que originó una serie de cambios, no solo para el municipio de Mosquera; sino también para otras jurisdicciones de la Provincia de Sabana de Occidente. Al tiempo destacamos el concepto de la psicología ambiental, desde la reciprocidad que implica con los individuos y con sus características interdisciplinarias para analizar el fenómeno del cambio del territorio de rural a urbano, resaltando la transición y adaptación de la población.

Finalmente, el tercer capítulo titulado “El paisaje como fuente de sensibilidad”, nos lleva a ahondar en las causas que perfilan el carácter de los personajes de la novela y principalmente su protagonista Sebastián. A lo largo de la historia observamos el surgimiento de sentimientos concluyentes para su conducta, que están basados en su relación con el entorno, que le acompañarán hasta la adultez. Continuamos nuestro recorrido por diferentes paisajes literarios, de culturas diversas que hablan en un principio de la importancia de la creación de aquellos lugares que solo existían en las mentes de sus autores, es la materialización de los ideales de imaginarios que distan uno del otro; pero convergen en el sentido artístico de la literatura. Nos transportamos al sector de las haciendas de Mosquera y su tiempo, como epicentro de desarrollo socio económico para el municipio durante casi todo el siglo XX. Hacemos una meritoria escala en la hacienda Malta, la cual funciona como escenario narrativo y de vida, ya que es este el lugar, donde transcurre gran parte de la trama de la novela y además fue cuna del autor.

Desmantelamos las causas de este viaje sensitivo apoyados en la teoría de Bachelard, acerca de “la poética del espacio”, en la cual se resalta la función de la psiquis, el surgimiento de las figuras poéticas y la disposición de los individuos frente a la sensibilidad artística.

Finalmente conocemos un breve perfil de Roberto Urdaneta Gómez, literatura y sensibilidad, en el cual, para diestros y nuevos lectores de la obra de este autor, nos adentramos en su estilo, figuras frecuentes, vida personal y especialmente su constante rescate de la importancia del entorno, que no solo en Memorias de la Sabana; sino a lo largo de su carrera y su vida personal han marcado la pauta para continuar su camino.

Habiendo seguido la ruta marcada, queda abierta la invitación al amigo lector a que se disponga a recorrer las siguientes páginas sabaneras, como una mágica aproximación a esa tierra que para algunos será desconocida, para otros un referente geográfico y para los privilegiados entre

quienes me cuento... un paraíso donde hace años se escuchaba la sinfonía natural que nunca
entendió razones del asfalto.

El paisaje desde lo literario

Había venido de lejos, todos lo sabíamos por su mirada

Manuel Mejía Vallejo

De acuerdo al concepto de Antonio Garrido Domínguez consignado en el capítulo El espacio del texto narrativo (1996): “A partir de la filosofía kantiana se ha ido insistiendo cada vez con mayor fuerza en la importancia de la categoría del espacio no sólo para el lenguaje y la antropología cultural sino, sobre todo, para el universo del arte”. (Domínguez, 1996), es decir, por más abstracto que sea el arte (en especial la literatura); el papel del espacio es fundamental en la ubicación, proyección e incidencia de acontecimientos de la historia. En la novela Memorias de la Sabana de Roberto Urdaneta Gómez, sin duda el espacio figura como protagonista, que no avanza sin describir minuciosamente su ambientación y de paso origina una cartografía social que caracteriza los componentes del paisaje mosqueruno. Cuando el narrador critica ese pasado, redimensiona su presente con nuevas herramientas que le reconfortan para continuar, es autodidacta, libre de estereotipos clásico-literarios, él mismo pone sus límites y transita aquellos caminos que antaño a lo único que invitaban era a la libertad:

“Durante aquellas caminatas con el abuelo aprendí muchas cosas. Sobre todo, a querer a los animales. Y también a la naturaleza, así, con mayúscula, como a él le gustaba denominarla. La persona que ama los animales y las plantas jamás se le ocurriría hacerle daño a nadie, decía el abuelo mientras contemplaba el ganado, con el orgullo de quien ha

luchado y alcanzado una meta en su vida y está dispuesto a compartirla con los demás”.
(Urdaneta, 2002, pág. 21).

Sin duda estamos ante una travesía de acento biográfico, en la que la subjetividad, los factores hereditarios y el romanticismo buscan la reafirmación del yo Urdaneta; hacia sus ancestros, su educación, su vida en la zona rural de Mosquera Cundinamarca en medio de una caracterización social y espacial cuyo centro de gravedad es el paisaje. Esa narración que aparece y desaparece escenarios, es la voz mágica posible gracias a la realidad, pues el autor no ha escatimado en nombrar los sitios estética e históricamente llamativos del municipio de Mosquera (e incluso poblaciones vecinas), como parte del contexto de la historia, la cual se mueve en dos espacios sabaneros: el aéreo y el terrestre, en el primero vuela la imaginación de Sebastián (protagonista y voz narradora de la novela) junto con las especies propias de la región como los patos canadienses y las tinguas. Su espíritu de cazador despierta desde niño escuchando los comentarios de su abuelo y su grupo de cazadores veteranos, las aves en medio de la ironía de su último vuelo le dibujan el paisaje que le mantiene con los ojos perdidos en el firmamento. En el caso del espacio terrenal, el horizonte sabanero se asemeja a la vida en años mozos que teje posibilidades hacia el infinito, se pierde el verde de los pastos con la neblina que baja desde el cielo invitando a conocerla. Es una obra de sentido visual y táctil, por un lado, la descripción de las especies de aves, parcelas, los rostros de las personas, la vida de los peones y su dependencia de la hacienda en medio de relaciones de poder que más allá de ser justas, es lo único que tienen y desde el sentido táctil es una novela que evoca las propiedades del tiempo como las invernadas sabaneras, en las que de madrugada es necesario hacer fogatas para evitar que la fuerte helada afecte los cultivos. Nos encontramos ante una batalla premoderna que con su sello bucólico enfrenta el caos del desarrollo en una época en la cual los paisajes se liquidan para dar paso a

formas más modernas de vida. La narración es subjetiva no como arbitrariedad de sesgo para con el amigo lector, sino como lealtad a las memorias del autor, a esa inevitable sentimentalidad que recorren los recuerdos paisajísticos y las anécdotas vividas en un espacio que hace parte del recuerdo.

Espacio y paisaje

*Jamás un paisaje podrá ser idéntico
a través de varios temperamentos de músicos,
de pintor, de poeta.*

Juan Ramón Jiménez

El papel que desempeña el espacio en la literatura puede ir de escenario silencioso a protagonista, de referente a clave de los devenires de la historia que se narra y aunque nuestro tema central sea el paisaje, dado que en la novela Memorias de la Sabana de Roberto Urdaneta Gómez se hace alusión tanto al espacio como al paisaje, y por ende a su incidencia en la sensibilidad plasmada en los protagonistas de la novela; vale la pena hacer claridad en la diferencia entre espacio y paisaje, y descifrar las características de cada uno en su planteamiento y percepción para el mejor entendimiento de los lectores.

En términos generales un espacio se refiere longitudinalmente a un lugar que está delimitado, este lugar puede variar y ser relativo, pero literalmente entendemos por espacio los escenarios nombrados en la lectura. La necesidad del espacio se entiende de manera innata, es indispensable

para nuestra vida, lo que nos rodea se posiciona y hace parte de nuestro panorama para poder vivir, por su parte en la literatura al igual que en la vida; el personaje se mueve dentro del espacio, es decir que lo necesita para existir, soporta el lenguaje y universo artístico en el cual se encuentre y traza pautas que le conciernen a los acontecimientos narrativos: “Yo tenía una finca en la Sabana, cerca de la capital” (Urdaneta, 2002, pág. 14). Dentro de la narración literaria el espacio puede tener límites descritos u otros que se ubiquen de acuerdo a la experiencia, no solo del autor, la voz narradora; sino del lector, por ejemplo, un campo con cierta extensión en fanegadas, una celda de prisión de determinados metros cuadrados, etc. De esta manera nos podremos referir al centro de atención del espacio espacialmente, su historicidad lo define y puede influir en la narración en la que interviene, sin necesariamente implicar picos emotivos; mientras el paisaje tendría la capacidad de abstraerse e independizarse de la realidad de ese espacio, recalcando que en términos antropogeográficos el espacio se quiso acercar a las relaciones humanas desde la comprensión del dominio de la naturaleza sobre el ser humano y es este quien le atribuyó las características al paisaje desde el esteticismo, así mismo, los espacios pueden ser tan diversos que desde adentro se conciben componentes simétricos, repulsivos, portadores de sentido filosófico o político; ilustradores de los procesos históricos y sociales. Al hacer énfasis en los espacios a nivel narrativo, nos involucramos con términos arquitectónicos, sociales, económicos e históricos: “Era una construcción antiquísima, enorme como una catedral en miniatura. Originariamente había sido concebida como granero, cuando el cultivo del trigo, a fines del siglo pasado, estaba en su apogeo” (Urdaneta, 2002, pág. 17)... entonces, ¿qué es un paisaje? La incógnita acerca de qué es un paisaje nos convoca a analizar cuándo nos encontramos frente a un paisaje y cuándo no, de qué depende y quien decide qué es un paisaje, es decir, que concretamente podemos decir que un paisaje es subjetivo. En el espacio también

hablamos de territorio y se entiende a este como la apropiación que refleja las necesidades sociales para su desarrollo, al tiempo que establece relaciones con los recursos naturales y genera el espíritu de identidad, Urdaneta Gómez describe claramente las características de ciertos recursos naturales que se encuentran ubicados en la Sabana del Occidente de Bogotá, lugar donde se desarrolla la historia: “ese es el urapán, fino y ornamental por naturaleza, aunque no muy apreciado en las ciudades por los estragos producidos por sus raíces” (Urdaneta, 2002, pág. 22). Así como las prácticas que se desarrollan en los espacios dependen de la clase social, también dependen de diferentes prácticas culturales, ya que en las regiones los procesos de identidad y autonomía generan un nuevo universo que les lleva a asumir el valor que tiene la sociedad como herramienta para la interpretación de los espacios.

El paisaje visto desde la literatura, (aunque desde la aparición de la pintura haya recibido influencias de ésta), es en la retórica el ingrediente fundamental que le permite amplificar su discurso de embellecimiento, así, el ensanchamiento de eventos y la descripción desmesurada de ciertos espacios (entre ellos los paisajes), son características de la poesía épica, en la cual los montes imponentes son personajes vivos que transmiten el sentimiento de la naturaleza, en este caso el hallazgo hiperbólico de las letras es el verdadero sentido, es el uso que se le da al material literario para la plasmación del sentimiento, además del placer de la admiración natural. La neutralidad del espacio está basada en su exactitud perimetral (será igual para todos los observadores), mientras que el paisaje siempre tendrá implícito el punto de vista personal, es decir, conceptos como el de belleza e importancia de lo que se aprecia a través de los sentidos, la descripción que hace en este caso Sebastián, voz narradora y protagonista de la novela *Memorias de la Sabana*, es objetiva y al tiempo describe aspectos singulares sin tomar partido: “El hato era más numeroso, mínimo el doble del que llegamos a ordeñar en años posteriores. En aquellos

tiempos, no había luz eléctrica y asistían a misa dos veces por semana” (Urdaneta, 2002, pág. 26). Cuando hablamos de espacios y paisajes, también llega a nuestro imaginario el término ambiente, el cual es cómplice y artífice a la vez de la atmósfera que se crea para ubicar la narración en diferentes formas, dependiendo de los sentimientos y acontecimientos naturales que se sucedan dentro de las fronteras trazadas en la acción. Cuando un paisaje se cierra, es decir se altera sea por el paso del tiempo que se altere o por mano de obra humana, puede convertirse en un espacio más, sea por falta de emotividad o significado que contribuya a calificársele como paisaje, para que se cargue del éxtasis fruto de la mirada de quien le valora. Sus límites serán imprecisos, ya que desde la imaginación y subjetividad su rango deberá ser cualitativo y necesitaría de una valoración tal que vaya mucho más allá de conceptos puros y exactos. El paisaje comprueba que la belleza existe. Al respecto decimos que cuando la naturaleza se limita al paisaje genera una ontología que se desprende de la ortodoxia; o en pocas palabras lo que se conoce como políticamente correcto, gracias a esto el espectador se beneficia, se deja llevar por los accidentes geográficos de la fantasía, además de que el universo paradisiaco consuela la soledad del visitador alejado de las contrariedades sociales. Tanto el espacio como el paisaje asocian las extensiones de la vida, los alcances de lo que le acontece a los seres, sus posiciones y decisiones, sin embargo, las diferencias están claras y el paisaje suele contar con una carga simbólica mucho más trascendental, ya que sus componentes están justificados en los sentimientos de quien le aprecia (sean reales o imaginarios), mientras los elementos del espacio no necesariamente estarán dotados de simbologías tan personales, a continuación una de las particulares formas de Urdaneta Gómez en narrar las intemperies del medio, con aspectos reales, pero con un lenguaje subjetivo, que no solamente hace referencia a su experiencia en el territorio si no a lo coloquial del hablar colombiano: “Los canales fueron secándose, y poco a poco hasta el

lago del jardín y el cauce principal quedaron vacíos. Un día cualquiera amaneció el escaso y ralo pasto más achicharrado que nunca” (Urdaneta, 2002, pág. 92).

Dependiendo de la fisonomía paisajística se entabla una relación filial de mayor trascendencia y emotividad a través de los personajes, esto debido a la estética manejada por el autor ya que se acerca al lector y le transmite distintos sentimientos, esto también se debe a las circunstancias que propicien los personajes; en el caso de Memorias de la Sabana, la etapa de niñez del personaje principal de la novela evocará constantes situaciones jocosas y del despertar a la vida propias de la infancia, con el aditivo de desarrollarse en el medio rural de Mosquera

Cundinamarca:

“De las aventuras que nos fascinaba emprender era ir al granero a jugar ladrones y policías; De allí no había quien nos sacara. Pasábamos horas enteras buscándonos unos a otros con los hijos de los trabajadores, toda una fascinación bulliciosa que nos transportaba a serenos y lejanos paraísos” (Urdaneta, 2002, pág. 24).

Uno de los primeros deseos humanos fue la ciudad, la modernidad y todo lo que de por sí le beneficiaría (lejos del caos actual), el ser humano anhelaría siempre la vida a gusto, a su gusto, es decir, le daría rienda suelta a ese sentido estético y de confort que le permite valorar el espacio donde se encuentra y los elementos que le rodean, sean del paisaje natural o creados por su propia mano de obra. En sus alcances, el paisaje como espacio territorial va mucho más allá gracias a los componentes estético-simbólicos que exploran los ideales humanos, los sueños, frustraciones y realidades vividas después de los momentos en los que el hombre se desarrolló dentro de esos mismos paisajes, la evocación de los momentos, lo proyectado, lo logrado, lo vivido y las frustraciones de lo no alcanzado. En la literatura su operatividad es la de una forma literaria, comprende el trasegar de los personajes por determinados espacios como constituyente

de una proyección de sí mismos. Contiene sus apegos, simpatías y amarguras; también se da el caso en que un personaje recorre lugares en los que escasamente se mencionan las avenidas o caminos, es decir no siendo contemplado, pero sí mencionado, demostrando su no valorada importancia dentro de la narración. La semiotización del paisaje le otorga el poder para exponer toda clase de relaciones ideológicas e incluso psicológicas basadas en los sentimientos que despierta en quienes le interpretan, para el caso de la obra literaria analizada son muchas las expresiones que no solo simbolizan sino transmiten parte de la sabiduría popular y frases que sirven para nombrar o en esta ocasión lugares como las haciendas de Mosquera Cundinamarca: “En toda una Holanda y Venecia quedaban convertidas aquellas comarcas, unas mezcladas con otras y todas en una, hasta más allá de los pantanos de Balsillas en una sola y auténtica vía acuática” (Urdaneta, 2002, pág. 29). Decimos entonces que el paisaje rompe las normas físicas y si carece de lazos emotivos pasa a convertirse en espacio, pervive en la virtualidad de los recuerdos de quien le rescata con la carga de sentimentalidad que cada quien guste y en el caso de que quien le contemple desconozca el contexto de sus atributos pero utilice la literatura como medio formal para llegar a dicha contemplación, está interviniendo la capacidad autoral de pintar con las palabras y convertirlas en diferentes manifestaciones artísticas a través de sonidos, movimientos y sensaciones. Lo anterior desde la autoría, para el caso del lector sin duda se vuelve más interesante el ejercicio de construir un paisaje que desconoce totalmente y dejarse cautivar gracias a las palabras utilizadas por el autor.

El ser humano también busca a través del paisaje aquello que no llegó a ser, no se tendría paisaje si el humano renunciara decisivamente a sus encantos, si su protagonismo perdiera visibilidad. El privilegio de esa clase de otredad de la naturaleza se confabula con la mirada humana y el arte, transformando el material bruto de la naturaleza en cultural, por ello es difícil

no imaginar paisajes como entornos nuestros, producto de la fantasía o lugares reales llenos de evocaciones y experiencias, espacios que simbólicamente son vías de reconocimiento de nuestro contexto en el mundo, al tiempo que omiten y conquistan al ser humano; nos parecen agradables las montañas reales, las montañas pintadas o lo que simboliza una montaña, es decir, el propio objeto contemplado, sin ser intervenido también puede ser considerado como obra de arte, ese tipo de belleza natural está implícita en el ser humano sin ninguna clase de idealización o mejor sea dicho con la inocencia de un niño, todo un mundo de posibilidades se abre a partir de la más simple de las contemplaciones como en este caso: “De regreso a la quinta, poco antes del anochecer, veías pasar las garzas hacia sus querencias. Soñábamos poder volar como las garzas y algún día poder conocer el mar” (Urdaneta, 2002, pág. 14). La profundidad de la literatura ha permitido que la trascendencia del paisaje tome rumbos insospechados y a la vez, lo ha posicionado como pieza importante dentro de la estructura de célebres obras literarias, explorando la magnificencia de la naturaleza, aunque no sea su objetivo principal; logrando que el lector se incorpore al paisaje siendo transportado a través de la narración.

La personalidad humana se reencuentra dentro de la naturaleza de acuerdo a factores socio culturales, las épocas y también se abstrae de ella. Son muchos los casos en los que los escritores buscan la verdadera identidad de los pueblos en sus exuberantes paisajes, en la obra *Memorias de la Sabana*, el autor no escatima para describir las bondades de los componentes del paisaje de la zona geográfica en la que se ubica el municipio de Mosquera: “La toma de san Patricio atravesaba de un extremo la Sabana en dirección occidente-oriente, siempre limpia, impecable, sin buchón ni otras malezas acuáticas, como las demás” (Urdaneta, 2002, pág. 34). La atmósfera se crea, es decir, no basta con nombrar elementos estéticamente agradables; sino que es de vital importancia la manera como se les describe y la acentuación que se hace en sus características.

Esas descripciones no se deben solamente al empirismo, sino que dependen de la codificación de las proyecciones e inquietudes del autor y las condiciones geográficas dentro del campo racional, ya que cada espacio ofrece sus condiciones físicas, planteando infinidad de posibilidades que se ponen a prueba desde los imaginarios del autor para dar cabida al tejido narrativo y en este caso descriptivo; surge entonces una pregunta, ¿qué sucede cuando dicho paisaje se sale del punto de vista humano? Es decir, ¿cuándo su campo de acción no concuerda con los cánones reales de lo que establece el modo de vida que conocemos? Dicha inmaterialidad de forma podrá ser en teoría imposible más no en operatoriedad literaria, en este caso sus componentes ideológicos, filosóficos e imaginarios sostenidos en la individualidad serán los responsables de darle rienda suelta al desenvolvimiento de las causas y consecuencias para con dichos paisajes, por ejemplo, en espacios como otras galaxias; lo que los convertirá (en algo que hasta el momento era estéril); en un paisaje relevante para la narración. La operatoriedad literaria, se fundamentará en la ficción que permite el desarrollo de espacios fuera del contexto humanamente conocido. En esta misma situación, el exceso de imaginación aleja al humano del culto por la naturaleza y lo centra más en su propia subjetividad, rompiendo toda clase de esquema que delimitaría la realidad, el viaje pues, en medio de lugares remotos e inexistentes hace revalorar en el humano ciertos componentes de lo que desea y no saber, ocultar o sentir. La descripción morfológica de la vida que entablan los paisajes es una zona de otredad llena de significados y valores que justifican el mundo, concentrándose en la emotividad del tiempo personal e histórico, haciendo que el espacio literario pueda aparecer como plural o unívoco, detallando o presentándose sin profundizar, imaginaria o contemplativamente lo que se esté narrando, en nuestra novela, sin duda la interacción del protagonista con su medio le marcará la vida para siempre, ya que a partir

de diversas situaciones tristes o jocosas siempre guardará en su mente una anécdota para ser relatada:

“... los trabajos que se ingeniaba el abuelo para nosotros durante la época de vacaciones.

Desyerbar los surcos de la huerta y los arbolitos recién sembrados, desbuchonar las zanjas y las orillas del estanque o incluso, si nos arriesgábamos a ello, intentar ordeñar”

(Urdaneta, 2002, pág. 38).

Dicha descripción morfológica también puede solamente simbolizar el argumento de la historia o al personaje; afectando la trama, además de que el estilo narrativo no cambiará al espacio, ni a la naturaleza del paisaje, es decir que la percepción de su contenido va más allá de una definición que se haga. El paisaje literalmente se desdibuja de un conjunto de conceptos aprendidos y se convierte en un lienzo en el cual reposan las experiencias, sus insumos están basados en prácticas que indican un trasegar para establecerse en el lugar donde se les ha ubicado. Cada componente cumple una función y da razón de una historia detrás suyo que también permite conocer las proyecciones culturales del territorio, de hecho, los paisajes suelen ser los principales atractivos de ciertas regiones traduciendo las sensaciones que han hecho parte de la experiencia de sus habitantes.

Los límites del espacio contribuyen a delimitar el campo de acción del personaje, límites que en el caso del paisaje presuntamente dependerán de quien lo mire como paisaje, es decir, de manera cualitativa lo que para un personaje signifique algo, para otro no; estos límites dependerán de la imaginación, personalidad, proyección y características de quien mire y admire el paisaje. Dependiendo de la atención que se le preste al paisaje se va revelando la profundidad de la emotividad de los personajes que lo citan constantemente, así como los autores plasman el amor por diversos paisajes en la literatura; para muchas personas habrá sido la literatura el canal

que les ha llevado a valorar paisajes que difícilmente escaparon de las páginas. De acuerdo a lo anterior Memorias de la Sabana está narrada en primera persona por un personaje que en la gran mayoría del tiempo transcurrido se encuentra en su etapa juvenil y al tiempo se asemeja en sus experiencias a la vida del autor Roberto Urdaneta Gómez. Conociendo la vida del autor podemos asociar a Sebastián como un alter ego de Roberto:

“... me asomaba a la ventana y me quedaba columbrando el hato de regreso a los potreros: todas iguales, con sus indefinibles machas blancas y negras, arrastrando los cascos y agitando sus colas, como para espantar las moscas que las agobiaban, ampliando la imagen de melancolía y desesperanza que sentía” (Urdaneta, 2002, pág. 42).

El resplandecimiento del paisaje literario es placentero, entre otras razones por el contraste imaginativo que se despegas de la continuidad real. En el siglo de oro, por ejemplo, una muestra del interesante florecimiento de la conciencia artística como imagen placentera, enlaza la vida con el arte literario. El paisaje a la vez que conquista al hombre de cierta forma lo omite, puede llegar a prescindir de él en medio de una paradoja creativa gracias a la imaginación y trascendencia humanas que le otorga atributos, sin embargo, la no presencia de ese alguien del que se habla opera como uno de los instrumentos para que la naturaleza continúe la sinfonía.

Como construcción humana, el paisaje desde lo literario confecciona las actitudes de los personajes llevándolas a las palabras, es decir que estarán siempre por encima de lo que sea en realidad un lugar; de esta forma le dan validez a la definición de literatura como el arte de la palabra reiterando que los paisajes no solo constituyen la representación de un espacio-tiempo, sino que además reflejan la sensibilidad de un artista dependiente de su perspectiva intelectual y disposición emotiva, de la influencia de su educación individual y nociones filosóficas que le dan sentido particular a la concepción y delimitación de su obra, visión que podrá ser plasmada como

semblanza de un paisaje. Esto sí que lo sabe muy bien Roberto Urdaneta Gómez en su experiencia como habitante de la hacienda Malta de Mosquera, sus características geográficas y hasta los pasatiempos propios del lugar de acuerdo a su condición social como heredero de la hacienda: “Debido al inclemente verano, el río había bajado considerablemente y los pantanos y sus alrededores habían quedado reducidos a una mínima expresión, de modo que las bandadas de patos estaban concentradas en la laguneta del medio” (Urdaneta, 2002, pág. 99).

La narración del paisaje

*El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte.
Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría
y calma cobra una majestad única.*

Horacio Quiroga

Como construcción narrativa, la descripción detallada es un dinamizante para el desarrollo de la obra que no solo ubica al lector espacialmente, sino que le permite además recrear aquello que se pretendía representar, propiciando una memoria simbólica que se viene construyendo desde el mismo inicio de la humanidad, ejemplo de ello es el descubrimiento del lenguaje pictográfico hecho en la era moderna que data desde la era neolítica, el cual demuestra la necesidad como sociedad de plasmar todo aquello que vemos y percibimos; convirtiéndose además en una forma de comunicación que proyecta un contexto cultural y social heteróclito transmitiendo saberes de una generación a otra:

"El goce que sentimos al hallarnos en medio del campo, al aire libre, verdaderamente libre (...) no es solo de la vista, sino que toman parte de él todos nuestros sentidos. La temperatura del ambiente, la presión del aura primaveral sobre el rostro, el olor de las plantas y las flores, los ruidos del agua, las hojas y los pájaros, el sentimiento y conciencia de la agilidad de nuestros músculos... Aun reduciendo el paisaje a una perspectiva y su percepción a la mera contemplación visual, es incalculable el mundo de factores que intervienen para constituirlo; tantos como fuerzas, seres y productos despliega la Naturaleza ante nuestros ojos: la tierra y el agua en sus formas; el mundo vegetal con sus tipos, figuras y colores; la atmósfera con sus celajes; el hombre con su obra; los animales y hasta el cielo con sus astros y el juego de tintas, luces y sombras que matizan diversamente el cuadro a cada hora del día y de la noche" (Ríos, 1916).

La exploración de distintas técnicas paisajistas ha diversificado la forma en que los autores literarios aprovechan su capacidad de descripción para interactuar y someter al lector a los cambios espaciales, comportamientos positivos o negativos en los conflictos desarrollados por los protagonistas de sus obras, proporcionándoles una explícita relación entre las imágenes y palabras o lo conceptual y factual; esta indiscutible relación ha fomentado que la escritura sea una huella histórica imprescindible para el desarrollo del hombre. La proyección de la naturaleza responde a la necesidad del narrador de expresar algún tipo de afección y emoción a la cual se ve supeditado con el devenir de sus intereses, la reseña de sus ideales o la explicación de sus convicciones; ya que en las sociedades antiguas con el estilo de literatura épica se ubicaron en espacios y lugares determinados personajes ficticios, de fábula o legendarios en función de una tradición, que después fueron proyectados en pinturas, esculturas o paisajes, aunque

probablemente estas figuras jamás hayan existido; en esta obra lejos de ser un referente histórico, se saben hacer alusiones a ciertos datos del territorio donde se desarrollan las acciones: “Un sol muy esplendoroso se asomaba por las cumbres de los cerros orientales, donde se acunó y finiquitó el antiguo imperio de los Muiscas” (Urdaneta, 2002, pág. 121). En algunos de estos casos el arte expresado por símbolos no siempre responde o tiene su origen en todo aquello que se percibe con los sentidos, así la visión simbólica dependerá además del marco humanístico en el que se ve expuesto el escritor como lo es en esta novela, en la cual dichos datos son solo pequeñas frases de trámite sin mayor profundidad.

Uno de los factores que más valor le dan al paisaje es el tiempo, el cual en su indisoluble relación cronotópica con el espacio se condensa y fusiona, mientras este continúa, se precipita, se descubre después del tiempo e intensifica; un ejemplo lo encontramos en las calles y construcciones que frecuentamos y nos rememoran momentos que no volverán mientras los materiales de aquellas construcciones perduran o al menos lo que quede de ellos en su esencia o transformados:

“El paisaje es memoria. Más allá de sus límites, el paisaje sostiene las huellas del pasado, reconstruye recuerdos, proyecta en la mirada las sombras de otro tiempo que sólo existe ya como reflejo de sí mismo en la memoria del viajero o del que, simplemente, sigue fiel a ese paisaje” (Llamazares, 1990).

Durante la época preclásica de la literatura (siglos XIV y XV) el principal interés consistía en exponer el origen del universo y de la humanidad con la injerencia de entidades sobrenaturales, la preocupación del hombre por la naturaleza, sus fenómenos y la influencia de los dioses en el origen de los pueblos, así transcurrió hasta el desarrollo de las culturas latinas y griegas donde se buscó explicar de modo racional todo lo sensible. Por otro lado, los atributos religiosos dados a

la naturaleza en la literatura aborígen o amerindia en sociedades como la Maya, Azteca e Inca de enorme complejidad lingüística y cultural, conservados en las leyendas míticas, cantares épicos o rituales para la guerra integran una memoria histórica donde el paisajismo implícito es utilizado de forma empírica desconectándola de una técnica preestablecida, todos estos factores paisajísticos despiertan interés en la medida en que nos alejan de nosotros mismos, de nuestras realidades y en el fondo recalcan la promesa que la naturaleza establece con el ser humano, transmitiéndole lo que éste quiera y como lo desee. La idealización es la que toma en este punto el papel protagónico en virtud de que el paisaje literario no tiene límites y es capaz de resolverse fantásticamente de acuerdo a lo que quiera quien le aprecie, ejemplos notorios los hay en la poesía, donde desde Homero pasando por Virgilio, son capaces de alejar al humano de su verdadero drama.

Conforme a los pensamientos los cielos, mares, desiertos y hasta el más pequeño detalle de la naturaleza, por mínimo que parezca han simbolizado los estados mentales de los personajes, la voz narradora o el autor, lo admirable es como logran que el lector se logre identificar con ellos, las emociones son la fuerza que le da impulso a la construcción paisajística desde las palabras para el surgimiento de la conexión sentimental con ese algo que simboliza y transmite entre los personajes y también a los lectores, todos fuimos niños y seguramente nos identificaremos con anécdotas como la siguiente:

“Desde mi infancia el abuelo me había inculcado el amor a los frutos de la tierra, a los animales y a las plantas. De modo que hizo que me pusieran en el cuarto de baño, sostenida entre gasas y algodones, una pepa de aguacate no sólo para que la cuidara, sino para que la viera crecer y desarrollarse” (Urdaneta, 2002, pág. 129).

El paisaje urbano y su presencia en la obra

Me gustaría estar en el campo para que me pudiera gustar en la ciudad

Fernando Pessoa

Así como la civilización emigró hacia las ciudades, la poesía se fue del campo y se urbanizó, las obras de los poetas contemporáneos incorporan paisajes urbanos. La *Ilíada* es un poema urbano que canta a la destrucción, al paisaje desolador de la ruina que deja la destrucción de la ciudad, las ciudades son igual de antiguas o tal vez más que la propia civilización, independiente de ser un complejo de construcciones propios de un medio de vida planificado y plenamente estructurado, sin embargo, las ciudades se involucraron rápidamente en el orden social que implicarían dichos elementos. El paisajismo urbano en la literatura como realidad física se consolidó durante el afianzamiento de la clase media acomodada y el consiguiente éxodo del campo a la ciudad, la escalonada alfabetización de esta población en las grandes urbes nacientes dieron pie a que nuevos escritores plasmaran todo aquello que los rodeaba conectándose de manera clara y precisa con las vicisitudes del lector quien se interesaba más por los problemas cotidianos; esta interacción se ve en obras de Fiódor Dostoievski, quien describía detalladamente el espacio donde se desenvolvían los personajes de sus obras

“Una pared con tres ventanas, que daba al foso, atravesaba el espacio, por lo que un ángulo muy agudo parecía estar fugándose hacia las profundidades y con una iluminación débil no alcanzaba a verse; mientras que el otro rincón era demasiado deformemente obtuso” (Crimen y castigo, 1886).

En el campo literario, los autores nos llevaron a desplazarnos entre la dicha o el desprecio por las ciudades y la invención de otras que más obedecen a la categoría fantástica. Dante miraba el paisaje natural con amor, el florentino reabrió las puertas que conducían a la naturaleza, del exilio que vivió en París en medio de un panorama desolador. En estas novelas se delimita el espacio que rodea a los personajes donde se encuadra y precisa su comportamiento frente a sí mismo y la naturaleza motivando actitudes armoniosas o contradictorias para el desarrollo de la narrativa, esta motivación obedecía a propósitos diferentes que iban desde lo naturalista hasta lo político, dando pie a una colección de escritos influenciados por la naturaleza en diferentes latitudes, pero con fines compartidos. El paisaje de las ciudades fue motivo de inspiración para grandes poetas, quienes también se fijaron en espacios infinitos plagados de romanticismo, nostalgia de lo que fue y lo que vendría, combinando eclécticamente la simetría urbanística con el exotismo de inmensas montañas y misteriosas selvas, eran ciudades ubicadas en el límite citadino con la plaza, palacios y abismos, paredes bañadas por cascadas y finos salones decorados. Para los nostálgicos la nostalgia también brotaba en las ciudades, combinando los ingredientes que les estimularan la imaginación. La nostalgia es el sentimiento más importante de la novela *Memorias de la Sabana*, funciona como motor para la narración de su protagonista, que no deja escapar detalles cargados de la melancolía que le producen los recuerdos de las vivencias en el área rural e incluso cuando de hablar de espacios urbanos se trata: “En aquellos tiempos no había tantos automóviles, ni los trancones que agobian al ciudadano en sus eternos desplazamientos; las vías eran más estrechas, carecían de pavimento en su mayoría, pero, a la postre, el tiempo que gastaba era menor” (Urdaneta, 2002, pág. 133). Esta frase demuestra la remembranza profunda por la tranquilidad, la vida calma aun siendo característica primordial de los espacios rurales por encima de los urbanos, se apega a la idea romántica de que todo tiempo

pasado fue mejor. Y precisamente es con el romanticismo (siglo XIX), el movimiento cultural con el cual la conciencia de lo real se fusiona con el yo poético, deja de ser escenográfico y se conjuga en sí mismo, la poesía es gran responsable de su creación, en la naturaleza se ve recuperada su trascendencia, mediante la contemplación se reflexiona acerca de la soledad y demás sentimientos que aquejan a la humanidad. Los poetas románticos se diferenciaron de los clásicos en que no solo contemplaron la naturaleza, sino que le aportaron colores nuevos desde su sensibilidad, Se apropiaron de la naturaleza a través de sus palabras y la transmitieron como esencia suya, sacaron partido de las facilidades comunicativas y los progresos que les ofreció la época en ciencias y diferentes áreas para crear un universo desde el sentimiento de sus palabras. Esta iniciativa no habría sido posible sin la autonomía infundida por el pensamiento ilustrado, que no solo liberó al ser humano, sino que le permitió mirar más allá a partir de sus facultades artísticas; gracias al romanticismo la naturaleza pasa a ser un todo que está vivo, prevalece y perdura, consta de individualidad, crea y transforma a partir de sí misma. Por otro lado, la evocación del paisaje en la lírica moderna se comporta como eje conductor de belleza y de grandeza íntimamente conectada con la expectativa del autor que desea expresar una afección en particular, Urdaneta Gómez se vale incluso de las creencias arraigadas culturalmente en el territorio para evocar su devoción por el bienestar de la naturaleza y el confort en la vida de hacienda: “San Isidro Labrador, quita el agua y pon el sol, que mañana voy a misa y te rezo una oración” (Urdaneta, 2002, pág. 32).

En el romanticismo el paisaje fue la fuente de la melancolía, sobrevive al tiempo y a la débil memoria humana, la escritura del paisaje es una escritura espiritual convertida en experiencia paisajística, para el paisaje no existe diferencia entre grande o pequeño, o mejor para quien se entrega a la concepción del paisaje, surge por supresión o misión a nivel ideológico y temporal

en función de los recuerdos del ser humano, los puntos de vista abarcan la intelectualidad, el concepto personal de belleza y su utilidad, capta las formas populares de la literatura como la ficción y la poesía, se centra en cambios cronológicos en forma y propósitos, se aparta del protagonismo humano y fortalece su acción, su interés reside en lo llamativo y ampuloso humano, sino de la acción, las inquietudes y los cambios, pasa de ser una realidad geográfica a la recreación de imágenes que buscan significados y la transmisión de sentimientos, sostiene el pasado en el cual nos reflejamos aunque referencia ciertas coordenadas geográficas y no se limita ante estas.

Con el desarrollo del fenómeno social de la industrialización el paisajismo dejó de centrarse en la temática natural, para enfocarse en la descripción de las condiciones precarias en las que interactuaba la sociedad de la época:

“... son los edificios más repugnantes, en los peores lugares de la ciudad, por lo general las calles están sin pavimentar, sucias, llenas de hoyos y cubiertas de basura; la construcción irregular y desordenada impide la ventilación y, como allí vive mucha gente en un espacio reducido, el aire se mantiene viciado” (Mijailov, 2005).

La analogía entre la realidad del espacio físico que se ocupa frente a aquel que se añora es una constante donde el paisaje delinea el hilo narrativo, de paso haciendo alusión al constante paisaje que aparece para el viajero. El viajero circunda tierras extrañas (Estados Unidos y España) como en ocasiones lo es la ciudad para Sebastián e incluso algunos lugares de la Sabana de Bogotá. Finalmente, su recompensa es volver siempre a casa. Para José Saramago, el viaje va mucho más allá, lo plasma de la siguiente forma:

"No es verdad. El viaje no acaba nunca. Sólo los viajeros acaban. E incluso éstos pueden prolongarse en memoria, en recuerdo, en relatos. Cuando el viajero se sentó en la arena de la playa y dijo: «No hay nada más que ver», sabía que no era así. El fin de un viaje es sólo el inicio de otro". (Saramago, 1981).

La relación del espacio (citadino o rural) con el personaje es de primera mano, lo contiene y para el personaje el espacio nunca le será indiferente, su relación es privilegiada, se proyecta la identidad personal y colectiva; la identidad se asimila y se retroalimenta directamente del lugar donde se encuentre el personaje, nuestro protagonista Sebastián, desde la niñez sabe que la hacienda será su todo por encima de lo que venga, de acuerdo a las diferentes etapas de su vida la hacienda le ofrecerá lo que necesite: "¡Ah, la finca...! Aunque no había televisión, jamás nos aburríamos. Jugábamos con cualquier cosa; nadie nos lo impedía. Otras veces nos sentábamos al calor del hogar y escuchábamos los interminables cuentos del abuelo" (Urdaneta, 2002, pág. 25).

La vocación del paisaje permite que a partir de emociones dramáticas los personajes se contradigan, es indudable el vínculo emotivo entre individuos y territorio, los conecta como si se tratara de una ciencia oculta o suerte de trucaje para que todos sucumban de manera personalizada ante el paisaje. Gran parte del placer experimentado hacia el paisaje de parte de quien le aprecia radica en la parcialidad fruto de su objetividad, que le permiten categorizar su disfrute mediante conceptos estético personales. Entonces los espacios y más exactamente los paisajes, tanto rurales como urbanos; operan como símbolos (no solamente a nivel literario), son voces que nos transmiten el mensaje que cada uno necesita para la activación de diversos sentimientos, se han reconocido como el espejo de los sentimientos humanos, son el sitio en el cual el hombre vive y se proyecta espiritualmente, evidencia las relaciones entre seres humanos y

naturaleza a lo largo del tiempo. La experiencia personal se evidencia a través de la narración y asimilación del paisaje, es una estética de segregación y un deseo que va mucho más allá. En la literatura el paisaje funge como el escenario para el teatro, opera como una máquina del tiempo, un sistema de tele transportación que se encuentra a pedir del interesado bajo su propia e ilimitada conducción, en medio de condiciones atmosféricas, geográficas y otros productos de la modernización como la arquitectura. Dicho viaje en el tiempo, con gran carga de melancolía y de rabia por haberse deshecho de la hacienda por problemas económicos lo realiza Urdaneta o mejor su alter ego Sebastián:

“Había caído en el más abyecto de los negocios; había entregado la finca de buena fe, el único patrimonio que tenía, a costa de una quimera que cada día se escamoteaba más.

¡Cuántos mortales estarían ahora, en este mismo instante, a punto de firmar el descalabro de sus vidas...” (Urdaneta, 2002, pág. 452).

La literatura permite que nos podamos mover más allá de las limitaciones que nos ponen nuestra percepción y posibilidades reales, se convierte en un medio de aprendizaje y de experiencias para nosotros como lectores que desconocemos esos paisajes o para quienes han pasado por alto sus bondades. El lector sigue sus intereses y convierte el paisaje en algo propio y se identifica con él, con los sentimientos colectivos asociados, es el todo; pero con una interesante carga individualista en la cual el mismo paisaje contemplado al mismo tiempo por dos personas les puede transmitir sentimientos completamente diferentes.

El paisaje tiene la facultad de significar lo que el observador desee, un mismo elemento puede asociarse a la felicidad o tristeza, diferenciando también entre rural y urbano, represivo a insurrecto; nos lleva a pensar en el valor de la subjetividad. El espectador idealiza, centra su atención en la vida que palpita adentro de la humanidad. Un paisaje en constante cambio como el

de Mosquera Cundinamarca despierta sentimientos encontrados, para unas personas la urbanización del sector representa progreso por facilitar la vida en dinámicas como el transporte o la economía, mientras para otras no solo es un retroceso, sino motivo de una gran desdicha sentimental como el caso de nuestro protagonista quien con mucho dolor afirma:

“Y un día, transitando sobre la otrora dehesa convertida en escombros, viendo el final de las garzas, bajo el aura que giraba en círculos sobre mi cabeza, sufrí algo así como un síncope, perdí el equilibrio y caí en medio de la nada” (Urdaneta, 2002, pág. 486).

El paisaje en el viaje colombiano de la literatura

Todo paisaje/no/está en parte ninguna

Fernando Pessoa

En Colombia el paisajismo como proceso del arte tuvo una fuerte influencia en el ámbito literario a partir del siglo XX, la búsqueda por retratar la situación social y económica del país, el retrato testimonial de la decadencia de las estructuras sociales pretendía además propiciar manifestaciones en contra del poder político dominante, la reseña de las condiciones de vida se contextualizaban con el retrato del paisaje, un ejemplo del sin número de evidencias literarias es la obra literaria *La Rebelión de las ratas*, de Fernando Soto Aparicio, donde el autor transmite la cruda realidad del cambio que sufrió el paisaje natural:

“Antes todo era sencillez, rusticidad, paz. Y de pronto el valle se vio invadido por las máquinas. El mediodía fue roto por el grito estridente de las sirenas; los caminos se

perdieron bajo toneladas de polvo y anchas vías cruzaron el verdor de los sembrados; los árboles cercados por el humo, envejecieron y terminaron por perder sus hojas y sus nidos” (Soto, 1962).

La crudeza y al tiempo majestuosidad de la selva colombiana fueron retratadas e inspiraron varias historias donde la descripción minuciosa de sus paisajes y cambios introducidos a ella por el comportamiento y necesidades humanas modificaron los estilos de vida. El viaje de la literatura colombiana se engalanó de espacios exuberantes, sin los cuales las historias no se habrían desarrollado de la misma manera. Relatos de corte naturalista que además narraron la tragedia del colectivo colombiano durante todo el siglo XX, sin duda la obra más destacada de entre estos temas es *La Vorágine* de José Eustasio Rivera, en la cual no hubo tiempo para la censura de los actos atroces acaecidos en dicho territorio, pasando así la selva de paraíso a infierno:

“De allí en adelante, el lente fotográfico se dio a funcionar entre las peonadas, reproduciendo fases de tortura, sin tregua ni disimulo, abochornando a los capataces, aunque mis advertencias no cesaban de predicarle al naturalista el grave peligro de que mis amos lo supieran. El sabio seguía impertérrito, fotografiando mutilaciones y cicatrices. ‘Estos crímenes, que avergüenzan a la especie humana —solía decirme— deben ser conocidos por todo el mundo para que los gobiernos se apresuren a remediarlos” (Rivera, 1924).

La anterior es una situación que dista de nuestra obra a tratar, aunque sin embargo es importante entender el papel de la literatura como medio para plasmar las situaciones que cambian las condiciones de vida de los habitantes de un territorio, independientemente de las

condiciones que ofrece la naturaleza. Lejos de situaciones bélicas, la contextualización de las características del territorio donde se desarrolla la historia central de Memorias de la Sabana, no se extiende, pero si aclara ciertas condiciones que diferencian este de otros territorios colombianos: “La luminosidad intensa, entre otras cosas, por hallarse situada a unos dos mil seiscientos metros sobre el nivel del mar, en pleno altiplano cundinamarqués, en el corazón de los Andes” (Urdaneta, 2002, pág. 14).

Dadas las particularidades geográficas de Colombia, el paisaje y la naturaleza en sí, dejan de ser escenarios o entornos y se convierten en personajes y confidentes muy frecuentes en las obras literarias. Inspiran, se evidencian o irremediamente complementan importantes obras de la literatura colombiana. Además de las obras citadas cabe recordar la literatura de viajes y una de las obras más destacables es Viaje a pie de Fernando González, obra en la cual el autor antioqueño retrata los pormenores del recorrido entre Envigado y Buenaventura, filosofando sus experiencias a manera de crónica. A través de su entretenedora narración redescubre caminos físicos y sociales, petrificados ante el paso del tiempo. Es una de las más importantes narraciones de viaje que se hayan escrito en Colombia, debido a la riqueza de su descripción:

¿Qué más propio del organismo humano que vivir al aire libre, respirarlo en toda su pureza, beber agua viva, comer los alimentos que nos ofrece la tierra, sin intervención del arte? Caminar es el gran placer para el cuerpo, pues todo está hecho para ello” (González, 1929).

Para el poeta León de Greiff el viaje también era una filosofía de vida y a través de su obra nos permite rememorar esos territorios paradisíacos en los cuales el poeta se redescubre, valora la tristeza y el paisaje es fundamental en las conductas de las figuras que reaccionan de manera

diferente frente a la vida. Para de Greiff, el viento canta, el mar susurra y el río llora. Es un paisaje poético en todo el sentido de la palabra, nada falta y nada sobra como en su Cancioncilla:

“No toques nada. Déjalo todo en su sitio, Mira la rosa mirobolante, signo, símbolo, emblema. Para los ojos nada, ni para los subsentidos. Sólo la música es. La Poesía, la Música son una sola Ella. Y Ella, cualquier Ella, lo sortílego si sombra efímera huidera” (Greiff, 1946).

El poeta Jorge Isaacs no fue la excepción y también evidenció sus impresiones en su poema De Antioquia a Medellín: “Al fin te diviso hermosa ciudad, respiro tus aires que vida me dan la vega contemplo que moja al pasar la onda revuelta del manso Aburrá Morir es dejarte, No vuelvo a viajar” (Isaacs, 1967).

El viaje como cambio, como renovación y admiración constante del paisaje lo hemos encontrado en las anteriores citas que hacen clara alusión a las características geográficas de Colombia, para Sebastián protagonista de Memorias de la Sabana toda su vida es un viaje, desde un presente en el cual es un hombre maduro, rememora las diferentes etapas de su vida en la hacienda Malta ubicada en Mosquera Cundinamarca y entre ires y venires en una salida durante días a la capital, de regreso hace una reflexión en la cual delata su alivio por volver al lugar donde siempre pertenecerá, la zona rural mosqueruna: “De las noticias cambié a un dial menos tormentoso. Pasé sobre el penúltimo puente y me enrumbé por toda la Vía de Occidente hacia la finca” (Urdaneta, 2002, pág. 221).

El paisaje de Mosquera en la novela

*Muchas veces me ha sorprendido
cómo vemos mejor los paisajes
en las películas que en la realidad.*

Ernesto Sábato

La cartografía espacial que logra la novela *Memorias de la Sabana*, es proporcional a la caracterización que hice el paisaje mosqueruno de las costumbres y sentimientos que mueven a los personajes en la vida de hacienda del lugar. El paisaje mosqueruno se evidencia en la obra desde el conocimiento profundo del autor gracias a su experiencia de años habitando y recorriendo los diferentes espacios y especialmente con la conciencia del abrupto cambio de lo rural a lo urbano; toda una vida que despierta aún más nostalgia por la desaparición de aquellos componentes entre lugares, personas y especies que caracterizaron el territorio. Este recorrido del autor se enriquece con el paralelo entre Mosquera y zonas aledañas como los municipios vecinos y Bogotá, que luce como un lugar de paso del cual se busca salir pronto para volver al refugio. Cabe resaltar que, aunque no todas las riquezas naturales han desaparecido Urdaneta hace una clara descripción de su situación actual a la fecha de la publicación de la novela, el año 2002.

La Sabana de Bogotá se reconoce como uno de los sectores con los mejores suelos que existen, gracias a su prodigiosa ubicación geográfica y geoambiental. En este territorio concurren varios elementos favorables para el desarrollo de los suelos, como es la existencia de una altiplanicie en plena cordillera oriental a 2550 msnm, aproximadamente.

Fundado el 27 de septiembre de 1861 por Tomás Cipriano de Mosquera, el municipio de Mosquera se localiza en la Sabana de Occidente de Cundinamarca, limitando al norte con Funza y Madrid, al sur con Bosa y Soacha, al oriente con Fontibón y al occidente con Bojacá.

De sus 107 km², 99,33 km² corresponden al área rural (donde se desarrolla la mayor parte de nuestra novela), en la obra las referencias al paisaje involucran lo que se conoce como Sabana de occidente, nuestro personaje central va y vuelve a la capital, haciendo constante análisis del paisaje, desde Mosquera hacia Bogotá y en este caso desde la capital del país hacia su hogar:

“Estábamos almorzando en su departamento, al norte de la ciudad, con una vista esplendida sobre la misma y al fondo en la más remota lejanía, la vasta e infinita Sabana de Bogotá, y más a lo lejos, en los confines del horizonte, el azul perenne de las montañas” (Urdaneta, Memorias de la Sabana, 2002, pág. 200).

Mosquera, ubicada en el altiplano Cundiboyacense hace parte de las 425.000 hectáreas que tiene esta región, el sistema montañoso que lo delimita explica las condiciones climáticas de la zona y proporciona una gran variedad de fuentes hídricas necesarias para el consumo humano y el sector productivo. La zona donde se ubica Mosquera ha contado con condiciones que aseguran un óptimo rendimiento para las cosechas de cereales, tubérculos y pastos, convirtiéndose en gran atractivo para la tribu de los Panches en épocas de la colonia (siglo XVI), quienes invadieron cultivos y arrasaron viviendas y familias de los habitantes de la zona. Inicialmente, Mosquera perteneció a la capital de la sociedad Muisca de Cundinamarca denominado *Mykyta* (Sabana entera), que funcionaba como epicentro administrativo, cultural y económico con *Zaquesazipa* como jefe supremo. Es conocido el peso histórico de la zona conocida como “Cuatro Esquinas”, como paso obligado para los patriotas y realistas que buscaban atravesar la Sabana de norte a sur y de oriente a occidente, fue en este lugar donde se construyó la primera casa del pueblo. Allí

mismo en “Cuatro Esquinas” el 10 de noviembre de 1865 se puso en funcionamiento el primer telégrafo que se utilizó en el país, el mensaje estaba dirigido al presidente Manuel Murillo Toro, convirtiéndose en un hecho histórico entre la comunidad y para el país.

Mosquera como municipio independiente nació como un pequeño caserío habitado por poca gente, según la cultura popular municipal un señor del cual se desconoce su nombre regaló una porción de tierra a cada uno de sus empleados para que construyeran su casa, de esta manera nació el primer barrio actualmente conocido como El Carmen, poco a poco comenzaron a llegar más personas y con ellos el crecimiento de nuevos barrios como el Bremen, la Esperanza y el Cabrero.

Desde las guerras de independencia las haciendas de la Sabana del occidente de Bogotá fueron la unidad económica más importante en el sector conocido como el Valle de la Serrezuela. Fueron terrenos privados que se interesaron por la explotación ganadera, generando la despoblación de la zona. Para el año 1889 se construyó un ferrocarril entre los pueblos de la Sabana de Bogotá, hecho que modificó drásticamente el contexto visual de la región. Su entrada en funcionamiento constituyó un paso adelante para el crecimiento económico y desarrollo social de los mosquerunos. Fue construido a las afueras de la ciudad, hoy en día la esquina de la calle 13 con carrera 20, coexistió como un importante polo de desarrollo para el municipio de Mosquera, debido al movimiento de pasajeros y de carga que diariamente se formaba allí. Dice también la historia que esta estación fue construida en 1916, pero tiempo después funcionó como la biblioteca municipal, la cual fue aprobada por la Ley 68 de 1936, donde personajes como: Germán Arciniegas, Darío Echandía, Jorge Cajiao entre otros, donaron libros para fomentar la lectura entre los mosquerunos. En el año 1902 la población de Mosquera Cundinamarca constaba

de 400 habitantes y la llegada del ferrocarril aumentó los ingresos municipales, dinamizando la economía con la capital.

La tradición popular cuenta que una de las primeras actividades colectivas mosquerunas consistía en dirigirse al mercado municipal ubicado en el parque principal donde se vendían los productos cultivados en sus propiedades y aprovechaban para compartir unas cervezas con sus conocidos. Los trayectos eran largos entre sí, no se contaba con servicio intermunicipal de transporte y se tenía que caminar de un lugar a otro, no existían vías, los únicos que acompañaban en ocasiones a los habitantes en estas largas travesías eran animales rumiantes junto con su ruana o chompa. De esta manera se contemplaba la población unos con otros, para el caso de nuestro personaje, recordemos que es un joven de clase alta quien no repara en la descripción de los habitantes del centro del municipio: “Seres fornidos y bajitos como sus ancestros, los Chibchas; el pelo lacio y la mirada cabizbaja y melancólica, que podían durar todo el día acorruados desyerbando las amelgas con el azadón, aporcando la tierra blanda y negra de la semana”. (Urdaneta, 2002, pág. 296).

En la obra *Memorias de la Sabana*, Urdaneta Gómez rememora la importancia del ferrocarril para los lugareños, cómo alrededor de él se fue entretejiendo un sistema económico prospero que llegó a redefinir las costumbres municipales:

“Tiempos aquellos en que todavía funcionaba el ferrocarril, y la felicidad que le producía escuchar el pito del tren, cuando, entre grandes exclamaciones de auténtica alegría, se aproximaba. Allí, adjunto a la estación, extendían los toldos de la plaza, donde iban todos los lugareños a surtirse en el mercado semanal; comían fritanga y se la bajaban con guarapo de linaza, ya que no había gaseosa ni nada por el estilo”. (Urdaneta, 2002, pág. 17).

Otros de los sitios emblemáticos y de encuentro en Mosquera, especialmente en agosto donde las familias se congregaban para elevar cometa era el desierto de Sabrinsky o de la Herrera ubicado vía la Mesa cerca al alto de Mondoñedo, donde comían uchucas se disfrutaba del paisaje y sus colores, arenas, naranjas y rojizas. Allí se hacían excavaciones donde se llegaron a encontrar mastodontes y enterramiento indígenas, actualmente en este lugar existen canteras para la explotación de arena para diversos fines económicos.



Fuente: <https://rutadeviajelion.blogspot.com/2016/03/sabrinsky-desierto-ruta-bogota-cómo.html>

Según la CAR (Corporaciones Autónomas Regionales) la fuente de los humedales presentes en Mosquera tiene su origen a partir del descenso del nivel de las aguas del gran lago que existió en toda la región hace más de 30.000 años, uno de ellos es descrito de la siguiente manera:

“La Laguna de la Herrera es un hermoso espacio para la contemplación de la hermosa naturaleza, donde habita una gran variedad de fauna y flora; como el sauco, arrayán,

aliso, mora silvestre, Holly y la tuna de la sabana entre otros; aves como las garzas, alcaravanes, patos turrios y tinguas moteada. Igualmente, como los caciques que impregnados de oro navegaban en el centro de la laguna de Guatavita, un héroe vestido de botas y camuflado navega esta laguna con el fin de cuidar y proteger este recurso natural que tiene Mosquera, don Salvador, encargado de controlar el crecimiento paulatino del pasto kikuyo que irrumpe en procesos de reforestación e invade espacios donde antes había agua”. (Macías, 2011).

Las problemáticas hídricas en el sector son tan antiguas como el territorio mismo, a pesar de las contingencias indígenas con los canales de riego y drenaje, a medida que el territorio se fue expandiendo se convirtió en un problema la coordinación de las aguas residuales, que, al día de hoy, son en gran medida responsables de la contaminación del río Bogotá, además de los inconvenientes ambientales para los hacendados:

“Simultáneamente, por el lado opuesto a la vía, habían encausado un canal paralelo, por donde los pueblos enviaban sus desechos orgánicos. Eran puras y físicas aguas de alcantarilla, con un olor nauseabundo que espantaba a la distancia; sus aguas fétidas y oscuras iban a dar al río Balsillas, que finalmente confluía en el Bogotá sin el más mínimo tratamiento” (Urdaneta, 2002, pág. 191).

Los riegos son fundamentales para que en horas de la noche los cultivos conserven la temperatura tibia del día, pero para nadie son desconocidas las “heladas” de fin de año de la Sabana que arrasan con los cultivos de la zona. Cuando se viven en carne propia dichas heladas llevan al desespero a los habitantes ante la impotencia del actuar frente a la naturaleza, esta es una apreciación de las heladas desde la óptica de Sebastián:

“De verdad, eran tremendos e inusitados los cambios de temperatura a que estaba sometida la Sabana en algunos meses del año. Podía soportarse todo, el invierno o la sequía, menos las heladas. Al mediodía los calores eran infernales, mientras en horas de la noche, el frío te hacía tiritar dentro de las cobijas. Durante la madrugada, sentía las frazadas y sábanas pegadas a mis huesos, arrunchado como un tres, y sobre las cobijas, la ruana de rigor, al punto que no sabía cómo más calentarme”. (Urdaneta, 2002, pág. 31).

Ahora, para los arrendatarios de los cultivos la incomodidad iba más allá de lo físico y se trataba de las incalculables pérdidas económicas en la apuesta por la siembra en terrenos alquilados a los hacendados:

“Los estragos que causaban las heladas eran incuantificables. Veía los rostros de los arrendatarios cuando regresaban a sus casitas tras el ordeño rutinario de cada amanecer, y tener que aceptar por sus propios ojos cómo quedaban el maíz, la arveja y el haba, y además variedades de pancoger. Se iban blanqueando las hojas, y las lágrimas de aquellos pobres hombres eran una muestra de ira discreta y dolor sin par”. (Urdaneta, 2002, pág. 32).

Al municipio lo delinear otras fuentes hídricas importantes como el Humedal Ciénaga del Gualí, localizado entre Funza, Mosquera y Tenjo, unido a la laguna de Funzhe, del cual se dice que los Muisca emplearon sus aguas para dar a luz a sus hijos y como canales de riego para la agricultura, es también hogar de especies en peligro como el pájaro cucarachero de pantano, la tinguá bogotana y la alondra Cundiboyacense. Hasta 1930 no había cementerio e iglesia por lo que los lugareños se tenían que desplazar hasta Funza para poder sepultar a sus muertos y asistir a la ceremonia litúrgica. En el centro del municipio junto a la alcaldía se ubica una plaza de toros denominada la Castorella gracias a la influencia ganadera de la finca Pueblito Español. La iglesia bajo la diócesis de Facatativá se convirtió en un recinto para la partida o llegada de distintos

desfiles religiosos con los que se quería demostrar la devoción a las figuras católicas más importantes, una de ellas es la patrona de la parroquia la Virgen María Auxiliadora, fiesta que también es mencionada en la obra:

“La fe y el fervor de los abuelos durante y después de la Semana Santa ... Las procesiones del 24 de mayo en memoria a María Auxiliadora, patrona de la parroquia, mientras los demás iban cantando al son de los voladores”. (Urdaneta, 2002, pág. 169).

Es tan representativa para el pueblo que es una referencia primordial en el himno municipal:

CORO

*Mosquera camino de seda
tu nombre lo llevo en el alma
tu gente alegre y sincera
me inspira que siempre te quiera,
Mosquera, mi cuna y mi arrullo
de ancestros que colman mi orgullo
por eso mi oración te implora
a ti María Auxiliadora.*

Himno compuesto por el colombiano Harold Raúl Rosero Polo integrado por 4 estrofas, que constituyen una alegoría al paisaje natural del municipio, sus fuentes hídricas y el antepasado indígena amerindio que dominaba la región:

*Las aguas del río Balsillas
le dan riqueza a tus campos*

*y le aderezan los sauces
el verde de los paisajes*

Durante el año 1950 nace el Centro de Investigación de Tibaitatá conservando su nombre Muisca (primer nombre del municipio hoy conocido como Madrid) otorgado a los bohíos dispersos sin límites antes de la llegada y el posterior dominio español, este territorio rico en nutrientes y recursos se convertiría a la posteridad en uno de los centros de la Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria; el centro es un impulsor de nuevos modelos agroeconómicos además de ofrecer a los habitantes del sector una posibilidad de formación académica en el ámbito agropecuario, la diversidad de cultivos experimentales así como el sector de la ganadería fueron los que propiciaron la implementación de proyectos a nivel regional y nacional. En la actualidad Tibaitatá subsiste como centro de investigación en diferentes campos de producción agropecuaria para Mosquera, vecino del Sena y de Agrosavia (antes llamado Ica), estos centros desde su investigación y capacitación para la población conservan la memoria agrícola del municipio:

“Tibaitatá, considerada como la granja agropecuaria más importante del país. Sobrepassa las 550 hectáreas de la tierra más fértil de la Sabana de Bogotá, y gracias a los canales que la atraviesan de norte a sur, jamás le falta el líquido vital”._(Urdaneta, 2002, pág. 271).

La observación del paisaje natural y cultural del municipio permite encontrar muchas analogías con la obra de Roberto Urdaneta Gómez. La afinidad entre las palabras del autor con el marco visual es preciso y contextualiza la belleza sabanera desde una visión natural hasta una más

urbana. Como nativo del lugar el libro nos posibilita no solo el encuentro con el texto, también con nuestras propias vivencias, recuerdos y lecturas previas evocando la configuración de pasados imaginados, escritos y reseñados por diversos autores; actuando como alusivos de una relación intertextual con nuestros propios sentimientos y experiencias “Durante aquellas caminatas con el abuelo aprendí muchas cosas. Sobre todo, a querer a los animales. Y también a la naturaleza, la persona que ama los animales y las plantas jamás se le ocurrirá hacerle daño a nadie”. (Urdaneta, 2002, pág. 21).

El paisaje y sus riquezas

Creo que una hoja de hierba no es menos que el camino recorrido por las estrellas.

Walt Whitman



Fuente: <https://www.uniminutoradio.com.co/tras-la-huella-de-la-herrera/>

El paisaje de la Laguna de la Herrera es de suma importancia no solo por su papel como regulador de las aguas que la integran, es destino de vertimientos domésticos de varios pueblos de la Sabana occidental, también por la variedad de su vegetación y por ser paso obligado para una gran número de tipos de aves, algunos tan representativos como: *Odocoileus goudotii* (venado cola blanca), *Cavia porcellus* (curo), *Sylvilagus brasiliensis* (conejo de monte), *Didelphis pernigra* (fara), *Dasyus novemcinctus* (armadillo), *Mazam rufina* (venado), *Cuniculus taczanowskii* (lapa, guagua) y *Cerdocyon thous* (zorro) entre otros. Con respecto a aves *Penélope montagnii* (pava de monte), *Anas discors* (pato), *Anas clypeata* (pato), *Colinus cristatus* (perdiz), *Rallus semiplumbeus* (tingua), *Gallinula melanops* (tingua) y *Fulica americana* (polla de agua) entre otras. En herpetofauna a *Anadia bogotensis* (chinita), *Proctopurus striatus* (lagarto), *Stenocercus trachycephalus* (lagarto), *Colostethus subpunctatus* (rana), *Eleutherodactylus bogotensis* (rana), *Bolitoglossa adspersa* (charchala). En relación a los peces cabe destacar las especies *Grundulus bogotensis* (guapucha), *Eremophilus mutissi* (capitán) y *Trichomycterus*

bogotensis (capitancito) enmarcan un contexto natural único que se mantiene a pesar de los cambios climáticos y sociales ocurridos en la región. Es de mencionar que debido a la ubicación del municipio el subsuelo es rico en minerales y fértil para casi cualquier tipo de cosecha. Las vías de acceso son otro factor superlativo del que se han beneficiado la industria y los habitantes, la ampliación del corredor vial de la calle 13 después de la segunda mitad de los años 90, garantizó el correcto tránsito para los vehículos de carga que necesitaban transportar sus materias primas o productos terminados. A partir del año 2018 entró en funcionamiento la adecuación realizada a la vía Mosquera – Madrid – Faca.

El crecimiento agrícola de Mosquera ha sido notable en los cultivos como espinacas, coliflor, lechuga, zanahoria, apio, ajos, papa y arveja entre otras. Con el pasar de los años (especialmente desde finales de la década de los 80) se ha tecnificado la siembra y recolección. A su vez la integración a los mercados regionales dio un impulso frente al modelo económico de las grandes ciudades capitales del país, buscando propiciar desarrollo a escala sostenido, equitativo y autosuficiente. En el sector agrícola la hacienda también era la única potencia. Se gestionó el agua para los cultivos agrícolas, que además de las aguas lluvias mantenían al día la siembra, aunque las tierras bajas sufrían las inundaciones que medianamente se regulaban con el distrito de riego y drenaje de la ramada, el cual se concibió para la mejora de las condiciones de los suelos en actividades del agro a través de la construcción de drenajes artificiales para el control del nivel del agua. Dicho distrito combina una infraestructura constituida por canales y componentes de regulación hidráulica utilizados para riego, drenaje y control de inundaciones. De esta manera se constituye como el paso final de la cadena de saneamiento del río Bogotá. A partir de 1922 se le empezó a dar uso de riego a las aguas del río Bogotá. En 1940 inició la decadencia del humedal de la Herrera, el cual se resintió por la influencia urbana, se secó por el

mal uso y depósito de residuos de las construcciones adyacentes. El ecosistema colapsó y desaparecieron especies de flora y fauna, entre ellas mamíferos y aves. Este desarrollo acelerado de cultivos fue modificando lentamente la pureza de las aguas que rodean la región. Por otro lado, la variedad de pastos empezó a requerir una gran cantidad de agua disminuyendo de manera sustancial el caudal de las aguas afectando negativamente a la población: “Eran puras y físicas aguas de alcantarilla, con un olor nauseabundo que espantaba a la distancia; sus aguas fétidas y oscuras iban a dar al río Balsillas”. (Urdaneta, 2002, pág. 191).

A nivel comercial las ventas se centraban en la papa, harina de trigo, derivados lácteos y carne, lo que impulsó la realización de obras de ingeniería como la carretera que conecta con Bogotá, dejando como complemento del paisaje los pantanos y humedales, con toda la diversidad propia de los bosques andinos. Vale la pena destacar que en este sector primario la existencia de recursos naturales no renovables de interés económico como son las canteras (sector del desierto de Sabrinsky), en donde permanentemente se extraen materiales para la construcción de vías del orden regional, departamental, y con preferencia para el suministro a la capital de la República. La industria ganadera asentada en la mayoría de las haciendas, permitió que tres frentes importantes de la economía hayan logrado surgir: cárnicos, leche y sus derivados y los toros de lidia. Estas tres industrias fortalecieron el crecimiento del municipio de Mosquera y han contribuido a que los arrendatarios y trabajadores vinculados en empleos directos e indirectos tuvieran acceso a mejores ingresos y condiciones de vida. En el campo de la ganadería se explotó la raza Holstein y Normanda, para lechería y carnes, y en menor escala la cría y ceba de especies menores como cerdos y pollos. Hasta hace 11 años existió un lugar donde se criaba ganado de lidia, pero fue cerrado por la molestia que representaba para los defensores del no

maltrato a los animales, sin embargo, esto no desdibujó la gran afición de ciertos sectores de hacendados por la fiesta brava que se describe de la siguiente manera:

“Para los mosquerunos este lugar mágico es la hacienda Vista Hermosa, visitada por el famoso torero Pepe Cáceres, ubicada al frente de la Laguna la Herrera, cuyo dueño es Antonio García, ubicada en la vereda Balsillas, y así como Macondo que contaba con pocos habitantes, en la hacienda solo había 50 trabajadores los cuales elaboraban en el cuidado y entrenamiento de ganado de lidia. Con un estilo artístico europeo en su entrada se encontraban dos torres góticas y rodeadas de palmeras”. (Mosquera, 2019).

La vía ferroviaria de occidente se vio en decadencia de pasajeros, al estos preferir el desplazamiento automotor, la vía conectora con el aeropuerto (a 10km) facilitó aún más la comunicación de los municipios con la salida comercial. Entre 1973 y 1985 Mosquera fue superado en crecimiento anual de población en la región solamente por Cota y Soacha, para el año 1985 ya contaba con 10.518 habitantes. La ciénaga del Gualí operaba como fuente abastecedora del acueducto.

Transformación del paisaje mosqueruno

Adaptarse o perecer, ahora como siempre, es el imperativo inexorable de la naturaleza.

H.G.Wells

Dentro de la cotidianidad vale la pena también destacar el presente de la que es una de las haciendas más importantes del municipio de Mosquera, ya que son muy pocas las haciendas que continúan con su labor agropecuaria, otras desaparecieron a partir de la década de los 80 y una en particular se destaca por haberse tenido que adaptar radicalmente a la urbe, es la hacienda Villanueva, hoy centro comercial que vale la pena referenciar desde los contenidos locales que se originan en el municipio:

“Cuenta la historia que este lugar era una hacienda colonial, una de las primeras que tuvo Mosquera, reconocida por su estructura colonial de la época con influencias andaluzas a comparación de los demás países, en especial su organización la cual era alrededor de un patio central, aunque uno de sus lados no se cierra con la construcción. Algunas casas de hacienda incorporaron elementos distintivos respecto de otras zonas, como el caso de la hacienda Villa nueva, que tiene una fuente en el centro de su patio, este es un elemento típico representativo de los aborígenes indígenas de la época, con el pasar del tiempo esta hacienda fue convertida en el primer centro comercial de Mosquera, conservando como homenaje el nombre de la hacienda Villa nueva” (Cartilla Pedagógica Digital Aprendiendo de Mosquera, 2019).

La sabana de occidente como corredor vial que comenzaba desde Funza (antigua capital Chibcha), hasta las tierras de Juan de Aranda, fue el sector agrícola por excelencia, destacándose como fuente para la fortaleza del desarrollo para las grandes haciendas que se dedicaron a esta actividad y con una calidad excepcional debido a que sus tierras estaban en una ubicación privilegiada en pleno corazón cundinamarqués. Una tradición saludable practicada por los campesinos de la región consistía en la rotación de cultivos con la cual se buscaba no agotar la

tierra y controlar la proliferación de enfermedades. “Don Arcadio acostumbraba alternar la siembra de los potreros como una sana costumbre muy ancestral pero efectiva. La tierra se limpiaba de posibles plagas y los poteros crecían con exuberancia y vigor”. (Urdaneta, 2002, pág. 125).

El principal medio de transporte a partir de la década de los 70 fue el automotor. Las troncales urbanas tomaron protagonismo y el tramo urbano pasó a un segundo plano convirtiéndose en acceso alternativo hacia el sector rural. Las redes de transporte regional se integraron lentamente, ya para la mitad de la década de los 70, la industria se abrió hacia Bogotá y la población hacia el sur y el occidente, zonas como Fontibón empezaron a figurar como centros económicos importantes para la zona; el suelo de Bogotá se empezó a valorizar mucho más, situación que originó la urbanización repentina y contundente en adelante de municipios como Funza, Madrid y Mosquera. Para el siglo XXI, el paisaje del municipio fue cambiando radicalmente de ser una zona rural dedicada a la agricultura al punto en que la mayor parte de sus tierras han sido transformadas para uso industrial o para la construcción de unidades de vivienda. Esta transfiguración natural ha sido paulatina y sostenida por los gobiernos de turno, en algunos casos el abrupto de la transformación ha socavado los recursos a tal grado que su recuperación es casi imposible, esto sumado a políticas poco sostenibles y equitativas ha propiciado conflictos en todas las esferas sociales. También hay que tener en cuenta la utilización desmedida de los recursos hídricos, superficiales y subterráneos, lo cual ocasionó el agotamiento de los drenajes, la desaparición de humedales, disminución de niveles freáticos en suelos y el descenso de los niveles acuíferos. Este desequilibrio hídrico provoca el déficit del preciado líquido; ocasionando resecaamiento y agrietamiento en los suelos.

Desde la mirada del protagonista de la novela, la descripción de la nueva población de dichos sectores no puede ser más desdichada: “Porvenir y planadas los primeros asentamientos suburbanos ilegalmente constituidos al lado del río Bogotá, eran misérrimas casuchas levantadas con materiales paupérrimos, sostenidas por cuatro paredes chuecas de caliche presado, cubiertas por oxidadas y vetustas planchas de calamina”. (Urdaneta, 2002, pág. 398).

Entre tantas problemáticas agravadas con la entrada en vigencia de una ley en Bogotá donde obligaba a una gran parte de su industria a desplazarse a otros territorios, por lo que muchos empresarios optaron por trasladar sus empresas a lugares más cercanos y con menos restricciones ambientales, entre ellos Mosquera, donde se les prometieron beneficios tributarios si actuaban como entes generadores de empleo para los mosquerunos, todo esto a costa de la sobreexplotación de los recursos y suelos. Años antes el expresidente Alberto Lleras como concejal del municipio cercano de Chía lo había *predicho* “Ah hermosa Sabana que se extiende con sus casas de cemento, sus calles, su contaminación y su envilecimiento, mientras la Sabana se encoge como una piel de zapa”. (Lleras, 1981).

A pesar de la desaparición de esta cultura rural del municipio, Mosquera ocupa un lugar importante como eje generador de posibilidades de crecimiento para sus habitantes y visitantes dentro del departamento. La “evolución” de su paisaje se ha destacado por intentar conectar tradiciones regionales con tendencias artísticas más actuales, ejemplo de ello es el parque central restaurado en el año 2018, al cual se le agregaron detalles arquitectónicos que dan la sensación de amplitud pero sin sacrificar la vegetación que se integró al lugar hace más de 50 años, es igual de emblemática la calle central conocida como “Las Palmas” que datan desde la época colonial, alrededor de ellos aún están en pie varias construcciones que destacan hechos históricos representativos para el territorio, como el parque central:



Fuente: Alcaldía de Mosquera

La territorialidad del protagonista de Memorias de la Sabana consiste en el ejercicio del control sobre el contexto físico y simbólico, también puede ser una labor o gremio al cual se pertenezca que contribuye al desarrollo de la identidad personal y colectiva:

“Durante años, me había preparado inútilmente para dedicarme a la ganadería. Amar la finca, cuidarla y dedicarme con desvelo y entereza a mi familia, consistía mi legado en esta tierra. Y ahora que carecía de la tierra madre, de ese tesoro incólume legado por el abuelo ¿Qué podía hacer? ¿A qué me podía dedicar? ¿Qué podría hacer por la humanidad?” (Urdaneta, 2002, pág. 491).

El paisaje de Mosquera desde la psicología ambiental

*Podemos desafiar las leyes humanas,
pero no podemos resistir a los naturales.*

Julio Verne

Por otro lado, tomando algunos de los componentes expuestos dentro de la psicología ambiental manifestados por Eric Roth en el documento -Psicología ambiental interfase entre conducta y naturaleza- aplicados a la novela Memorias de la Sabana, vemos como el entorno de la hacienda, en este caso la hacienda Malta, ubicada en Mosquera Cundinamarca, repercute en Sebastián y le desarrolla conductas protectoras con el ambiente. A partir de esta sensibilidad individual entabla lazos que serán proyectados en pensamientos, expresiones y acciones: “Daba grima ver como en dos o tres días, los maizales quedaban amarillos como un pajonal; las hojas y las mazorcas en choclo sucumbían ante los rayos de la madrugada”. (Urdaneta, 2002, pág. 31).

El paisaje como experiencia nos confronta espacial e internamente. El ser humano se ha relacionado sensiblemente con su entorno en diversidad de condiciones primero como referencias y después como importantes significantes, así en la obra: “Tendría yo ocho años –a lo sumo-, cuando el abuelo me obsequió mi primer semoviente: una inquieta y bella ternera de raza Hollstein a la que pusimos Lorenza” (Urdaneta, 2002, pág. 30).

Al andar el ser humano habita el mundo simbólicamente, construyendo y asimilando el paisaje al tiempo que edifica las categorías que su interpretación le permite. El sedentarismo y el nomadismo cambiaron la percepción del paisaje en la medida que el ser humano se desarrolló acorde a la lógica de supervivencia le dictó lo que estaba a su alcance y también lo que más le convenía o satisfacía para cumplir sus necesidades básicas. Es así como la construcción paisajística tiene una influencia colectiva a partir de las atribuciones que haya tenido el ser humano para su concepción estética en general, la percepción de lo que le agrada o no, también se debe a estímulos externos que le van forjando un su criterio: “Las terneras también estaban dichas con el florecimiento de las gramíneas, leguminosas y los carretones deslumbrando la

altiplanicie de los potreros. En fin: no había un animal que no estuviera complacido con el advenimiento de la temporada invernal”. (Urdaneta, 2002, pág. 107).

El paisaje articula percepción con espacialidad, ordena tangiblemente aquello que desde lo sensorial se fundamenta en conocimiento para el individuo. La necesidad de otorgarle un significado a los entornos, partiendo desde la misma morada es una situación innata del ser humano. En el caso de los sectores urbanizados, y dada la interdisciplinariedad de la psicología ambiental, podemos analizar la afectación que sobre cierto sector de los habitantes de Mosquera tuvo la transformación de las zonas de rurales a urbanas. La evidencia de las actitudes de los pobladores en su molestia por el cambio radica en los significados que se le otorgaron a los lugares; algunos de carácter religioso, cultural, político, económico, etc.

“El hecho en concreto es que, contra viento y marea, se crearon Porvenir y Planadas, los primeros asentamientos suburbanos, ilegalmente constituidos al otro lado del río Bogotá, traspasando los límites arcifinios del Distrito Capital. Eran misérrimas casuchas levantadas con materiales paupérrimos, sostenidas por cuatro paredes chuecas de caliche prensado, cubiertas por oxidadas y vetustas planchas de calamina; durante el día eran un infierno y por la noche, sobre todo cuando atacaba la ventisca proveniente del Salto del Tequendama, el frío era un espantajo que petrificaba a sus inquilinos, hacinados como guapuchas y curís”. (Urdaneta, 2002, pág. 398).

Estas decisiones de significados para los espacios y paisajes de parte de los seres humanos, como lo hemos dicho es el resultado de la influencia externa y/o colectiva; así como del criterio que se fundamenta en el interior de cada uno a partir de la estética y las creencias espirituales, religiosas, etc. La ubicación espacial del ser humano y en este caso del mosqueruno, ya lo vincula con sentimientos hacia su entorno, se identifica o repele de lo que le rodea de manera

innata. Ese entorno se constituye como una estructura a través de la cual el individuo teje su realidad y es por ello natural que involucre emociones para este. El entorno de las haciendas desde la mirada del peón, necesariamente involucra la ejecución de diversas labores como lo describe Urdaneta:

“Era un hermoso y singular espectáculo aquel del ordeño. Algunas veces ayudaban las mujeres, resultando más eficientes que sus maridos, con más dedicación y ternura; tardaban horas acurrucadas bajo el vientre de la vaca sin quejarse en lo más mínimo, tirando de los pezones y llenando los baldes sin protestar, a diferencia de sus maridos”. (Urdaneta, 2002, pág. 18).

El habitar constituye uno de los hechos sociales más importantes dentro de la cotidianidad del ser humano, como es el de reconocer un orden y este se sitúa dentro de él, es cuando hablamos del: sujeto habitante, el cual se constituye por sujeto-cuerpo y sujeto sentimiento, quien vive acercamientos y distanciamientos en su permanencia con los paisajes. Sebastián está tan cerca del paisaje como sus etapas de vida en la hacienda y la herencia del respeto por la naturaleza que le inculca su abuelo, dicha herencia lo llena de conceptos críticos respecto a la situación ambiental que se genere con el pasar de los años y el cambio del municipio:

“El río Hunza, otrora barrera natural para impedir la expansión de la capital, cada día amanecía más contaminado, sin bastiones que lo protegieran de las miserias de los arrabales. Mientras las vías de acceso a la ciudad se estrechaban más y más, los basurales y las barriadas crecían desmesuradamente”. (Urdaneta, 2002, pág. 308).

No hay que olvidar que el acercamiento y permanencia del protagonista se da desde la óptica del nieto del dueño de la hacienda en una edad en la que descubre las maravillas de la naturaleza, es

decir que a pesar de los sin sabores que pueda representar el panorama físico, como el clima, los animales, etc, dicho personaje goza de ciertos privilegios respecto a otros y esto le permite contemplar más y con mayor placer la naturaleza y asimilarla estéticamente para sí como una fuente de goce:

“Era un diciembre primoroso, con el viento meciendo la cresta de las tunas y el escaso y raquítico pasto se extendía sobre aquel dilatado horizonte de ocre con visos de arcilla y un cernícalo sobrevolándonos bajo la canícula, cuando... una estampida de cascos y bufidos nos detuvo en seco”. (Urdaneta, 2002, pág. 141).

La construcción socio-espacial que hace Sebastián, se orienta hacia el agrado por el ambiente y su espacialidad. La apropiación que siente el protagonista no solamente se debe al hecho de ser el heredero de la propiedad, sino a los lazos que ha creado con la hacienda. Allí ha descubierto las bondades de la naturaleza en sus diferentes formas, ha crecido y compartido distintas etapas de la vida como los juegos infantiles, los enamoramientos juveniles y la etapa adulta en que se hace cargo de los negocios como fuente de trabajo no solo suya sino de varias familias que se entregaron a las labores agrícolas y ganaderas desde la administración de su abuelo. En pocas palabras la hacienda Malta es el resumen de la vida de Sebastián, ha sido testigo de su construcción personal basada en la influencia y en este caso de la sensibilidad que como dice nuestro título ha incidido el paisaje rural de Mosquera para ser cómplice en los momentos más especiales de su vida:

“Era una tarde de verano, con Mariana echados sobre la grama y las nubes pasando. Los carretones a floraban como vástagos, unos blancos y los otros morados como frambuesas, y el sol producía arcoíris con los chorros del riego artificial. ¡Hallar un trébol de cuatro hojas sería lo máximo!”. (Urdaneta, 2002, pág. 289).

De esta forma queda retratado el paisaje mosqueruno en la novela, un paisaje cambiante con atributos que permanecen y otros que, si no fuera por las páginas de Urdaneta, tal vez no tendríamos idea de su paso por el territorio. Una forma de recuperación histórica que evidencia los cambios de muchos de los territorios rurales que tuvieron que acoplarse a las demandas sociales en las que sigue quedando sobre la mesa el verdadero significado de las palabras avance y evolución en la medida en que, para ofrecerle ciertas facilidades de vida a los seres humanos, se tienen que sacrificar otros elementos que permanecen en la memoria de algunos o como en este caso perviven gracias a la literatura. Sin duda el contexto del paisaje mosqueruno explica por qué en palabras del propio autor evoca románticas ideas para la escritura de esta obra:

“Había que, incluso, talar algunos árboles y luego tumbarlos de raíz; un bosque, por fortuna de eucaliptos más bien jóvenes, sembrado por el abuelo poco antes de que yo naciera con la romántica idea de que fuera el sesteadero de las palomas de la comarca, también había que derribarlo...” (Urdaneta, 2002, pág. 206).

Y finalmente para darle sentido al tema de la modernización de la zona, el cierre de la ensoñación de Sebastián por aquella hacienda, cuna de su vida no podría ser más amargo, al presenciar cómo se esfuma lo que su abuelo construyó y mantuvo durante años. Los errores en los negocios y el auge codicioso de las construcciones en los sectores donde antes había haciendas se convierten en una dolorosa alternativa para salir de las deudas y tiene que despedirse de la hacienda, llevando a cuestas sus vivencias y recuerdos, que además de la sensibilidad individual reflexiona ecológicamente y se pregunta por el futuro hábitat para las generaciones venideras:

“Con el desquiciado auge de las construcciones, una interminable fila de volquetas hacían cola para ingresar a las receberas, donde las cargaban hasta los ejes. Luego descendían la cuesta, lanzaban un par de monedas al vigilante de aquel desastre ecológico demencial y

se marchaban. Daba grima ver el estado de podredumbre e indiferencia de esos peladeros, igual o en peor estado que la laguna, totalmente olvidados y menospreciados por la mezquina ansiedad del hombre, la más devastadora de las especies. ¡No tardará el día en que nuestros nietos escrutándonos de frente, absolutamente contrariados y con la palma extendida, nos pasen la cuenta de cobro del descalabro que cometimos y no tengamos con que responderles!” (Urdaneta, 2002, pág. 235).

Sin duda el anterior es todo un recorrido por la cartografía social que origina el espacio rural del municipio de Mosquera a partir de la contemplación personal del paisaje como espacio, refugio y cómplice de vivencias y sentimientos desde la sensibilidad desarrollada por el respeto a la naturaleza, desde el conocimiento de causa, es decir, la interacción que podría ser desde el punto de vista de un peón o de un portentado y que en este caso se trata del nieto del hacendado que tiene a sus anchas la disponibilidad para deleitarse con las maravillas de la naturaleza. Los paisajes son cambiantes al igual que la vida de los humanos y exigen adaptación al paso del tiempo y las transformaciones que conlleva, la construcción de anecdotarios que forman parte de su acervo sentimental que le acompañarán a lo largo de la vida. Una historia de nunca acabar a raíz de los procesos urbanísticos desarrollados en sectores que no han defendido su memoria histórica ni los componentes que conforman su identidad.

El paisaje como fuente de sensibilidad

*Recuerdo el sol de los venados
Desde un balcón crepuscular.
Los días huían como nubes
Altas, de un cielo matinal.
Allí fui niño, allí fui niño
Y tengo ganas de llorar.
Ah, tristemente os aseguro:
Tanta belleza fue verdad.*

Eduardo Carranza

Paisajes literarios

En términos generales el espacio opera como fuente de sensibilidad individual empezando por su naturaleza de paisaje, que como ya habíamos expresado se diferencia del espacio en virtud de su valoración subjetiva llena de significados estéticos, psicológicos y de gran compromiso humano, influyen al ser humano en general. El paisaje es el que inspira en este caso no solo al autor de nuestra novela Memorias de la Sabana, sino, a muchos artistas de diversas disciplinas. Algunas obras literarias llegan a la memoria antes que, por su trama o protagonistas, por sus espacios, entornos y paisajes. Aquellos lugares creados bajo la planeación territorial de la mente de los autores continúan viendo cómo pasan lectores frente a sus sólidas estructuras naturales y arquitectónicamente perfectas para el mundo literario. Los ejemplos son innumerables, pero por mencionar algunos, el italiano Ítalo Calvino plantea las ciudades invisibles que desde la

descripción de ciudades fantásticas contadas por Marco Polo al rey tártaro Kublai Kan, enfatiza en la simbología de dichos lugares a través de la muerte y el deseo.

Además de todo lo que se ha dicho de Macondo como estado de ánimo fruto de la imaginación de Gabriel García Márquez, es precisamente el hecho de que haya surgido como necesidad de ser creado aquel mágico territorio con todos sus componentes del realismo mágico. En el caso de Memorias de la Sabana, se asume como una biografía novelada dados sus antecedentes.

Abordamos el papel del paisaje como fuente de sensibilidad, con la particularidad de que además de haber servido como elemento clave en el trabajo creativo del escritor colombiano Roberto Urdaneta Gómez. Dicha sensibilidad hacia el paisaje mosqueruno pasa a sensibilizar al lector que tanto puede tener la experiencia de conocer los lugares y elementos de los que trata la obra; como también podría estar descubriendo un no completamente nuevo universo, dadas las características humanas transversales de las que se vale el autor para entrar en calor literario como lo son la familia, la amistad y en general los sentimientos humanos, que son intrínsecos, nos conciernen a todos conozcamos o no el área rural del municipio de Mosquera Cundinamarca. Volviendo a otros autores, el escritor colombiano Manuel Mejía Vallejo se inspiró en el pueblo antioqueño Jardín, para su escenario imaginario Balandú. Un lugar evocador de bellos y pintorescos recuerdos, los cuales por momentos entran en comparación con la vida moderna de la vida antioqueña; pero siempre insistiendo en la tranquilidad que se experimenta en los pueblos.

En el Misisipi se alojó el ficticio condado de Yoknapatawpha que alojó a muchos de los personajes de diferentes novelas de William Faulkner, funcionando como microcosmos. Un condado del sur de Estados Unidos, donde sus habitantes están muy bien caracterizados,

desarrollan labores propias del campo y obedecen a las jerarquías de los árboles genealógicos en los que la familia es lo más importante.

Volviendo a Latinoamérica, la que para muchos es la más grande novela de la literatura se desarrolla en Comala, cuna del realismo mágico con sus ecos, altas temperaturas, murmullos y fantasmas, permiten que Pedro Páramo sea una obra que depende notablemente del escenario donde se lleva a cabo. El ambiente del pueblo está lejos de ser acogedor, por el contrario, es asfixiante y sórdido. Es un terreno maldito donde las siembras fracasan.

La sensibilidad de los autores ocasionada por el paisaje está tan clara a lo largo de la historia literaria, como componente vital en la estructura de la trama narrativa. Regresando a *Memorias de la Sabana*, el alter ego del que consta el personaje principal, dadas las coincidencias personales con la vida de Urdaneta, observa ese universo dentro del cual se encuentra y al tiempo este le da fuerza vital para continuar: “¡Ah, la finca...! Aunque no había televisión, jamás nos aburríamos”. (Urdaneta, 2002, pág. 25), se encuentra condensada la cúspide de la novela. La inspiración, la vida, la experiencia, los sentimientos; caben todos en esta expresión que en la novela está manifestada por un joven, pero nosotros como lectores podemos configurarla para nuestra realidad en que una finca desaburre más que la televisión en cualquier etapa de la vida. Para adentrarnos en el origen de esa inspiración en el paisaje, retomaremos algunas definiciones hechas a lo largo de la historia y desde diferentes ópticas como las que aparecen a continuación.

Desde su concepción el espacio es ininteligible sin el tiempo y la historia. Dentro de ese espacio, el paisaje como espacio diacrónico está constituido por elementos naturales y culturales que conviven y adquieren relevancia para la sociedad y el ser humano, ya que sus componentes geográficos acarrear significaciones culturales e históricas. La concepción científica del paisaje no se origina sino a partir del siglo XIX, describiéndola como unidad geográfica que

intrínsecamente está constituida por elementos naturales y humanos. Anteriormente, por ejemplo, en la época de la conquista, las apreciaciones respecto a las nuevas tierras tenían tintes que necesariamente dependían de lo política y religiosamente correcto, es decir, que primaba la aceptación de las altas jerarquías en distintos estamentos sobre la subjetividad de quienes hacían las observaciones: “lo que yo vi y me hallé en ello peleando, como buen testigo de vista, yo lo escribiré, con la ayuda de Dios, muy llanamente, sin torcer ni una parte ni otra...” (Castillo, 2005, pág. 73). Sin duda uno de los grandes aportes de las ciencias sociales y humanas para con las artes inició con la apropiación artística del paisaje que transcurrió desde la mirada pictórica y estética a través de la pintura paisajística, la poesía naturalista, la crónica y los relatos viajeros con sentido artístico articulado con la antropología. Desde las ciencias el paisaje se describía divorciado de los sentimientos, es decir, objetivado; mientras que desde las artes su descripción fue influenciada por la subjetividad no solo por el artista sino por las circunstancias en que fue concebida la obra. Lo anterior de acuerdo al concepto de Carl Sauer “Un área de cultura, como comunidad con su modo de vida, que crece en un “suelo” u hogar particular, es una expresión histórica y geográfica”. (Sauer, 1941). Es decir que además del aspecto morfológico, de acuerdo al observador y a Sauer hablamos de un estudio fenomenológico y científico a la vez.

Si entendemos una realidad cultural y otra natural, entonces la cultura que origina cada territorio es singular, de esta manera decimos que el factor principal es la cultura, la cual se relaciona directamente con el tiempo y el medio (paisaje natural) y sus formas dentro de las cuales se encuentra la población (densidad, movilidad), el alojamiento (plan, estructura) y la producción y comunicación empleadas para quedar enmarcadas en lo que llamamos paisaje cultural. La cultura es el agente del paisaje natural y como resultado de esta fusión hablamos de un paisaje cultural, es decir, que el proceso dicotómico de este transcurso social radica en los

individuos que figuran como protagonistas. El paisaje tiene un significado para la vida, que legitima la concepción socio-espacial. Además del planteamiento de Sauer, vale la pena tener en cuenta la interdisciplinariedad surgida al respecto como lo son la cartografía histórica, la ecología política y la historia ambiental, es decir, que nos acercamos a la geografía humana y por ende a la geografía histórica que está constituida por elementos antropológicos y sociológicos, a través de los cuales se origina un contexto crítico y social. Muestra de lo anterior en Memorias de la Sabana sería, por ejemplo, como se adentra el autor en el modo de vida de las haciendas de Mosquera. Para quienes conocemos el territorio sabemos que las familias de los hacendados de dicho sector solían ser numerosas y longevas, esto sumado a ciertas características del territorio como las distancias con el centro del municipio, la forma de las construcciones de las viviendas (patios internos, pilas de agua, cuartos conectados) y las costumbres de los habitantes de las haciendas; generaba el compartir de más espacios con los trabajadores y huéspedes en general: “Era una noche absolutamente despejada, con toda la vía láctea desfilando sobre la Sabana. Habían llevado pólvora a dos manos, desde luces de bengala para los más chicos hasta voladores” (Urdaneta, 2002, pág. 145). De esta manera queda clara la relevancia social del paisaje, su influencia y a la vez las prácticas sociales en estos espacios como afectan el paisaje. Surgen entonces incógnitas referentes a su relación con el poder, la identidad territorial y natural, simbologías e ideologías que integran a los grupos sociales. Tanto las morfologías humanas y culturales que hay dentro del espacio paisajístico como las relaciones sociales que las ocasionan son eje central en la construcción del paisaje cultural.

Vemos que la geografía histórica y cultural va mucho más allá de lo morfológico, hablamos de significados culturales dentro del paisaje, es decir que los pobladores de un territorio resignifican ciertos componentes de la naturaleza y se apropian de ellos para su identidad. Esa

realidad asumida por el ser humano abstrae diversas ideas y concepciones estéticas y significativas sobre la materialización de las bondades de la naturaleza, la cual se representa a través de diferentes medios y/o manifestaciones artísticas las cuales predominan, manifiestan y conservan lo que llamamos la representación del paisaje. Esta percepción va más allá de las condiciones ecológicas, que, si bien llegasen a despertar emotividad en el observador, es precisamente esta emotividad el núcleo de esa configuración y resignificación de lo que es el paisaje para cada cual. En palabras de Nancy Duncan:

“Puede decirse que uno de los principales roles que tuvo el paisaje en el proceso social es de orden ideológico, al servir de soporte al conjunto de ideas y valores, la hipótesis incuestionada respecto del modo en que una sociedad está o debería ser organizada”.

(Duncan, 2001).

De acuerdo a la autora hablamos de un dispositivo comunicativo que tiene la facultad de transmitir información, los elementos que brinda dependen de diferentes condiciones y concepciones estéticas que serán interpretadas de diversas formas; también hablamos de significados que subyacen ante las relaciones de poder. El paisaje asimilado como producto cultural desde el análisis discursivo (elementos semióticos y lingüísticos), ilustra la forma en que dicho producto cultural se utiliza por individuos, que legitiman la dominancia, hegemonía y poderes en determinados lugares y períodos de tiempo. Los paisajes son formas representativas, estructuradas y culturales que transmiten ideas acerca de la apreciación y los imaginarios de las regiones y de los lazos identitarios de los grupos con dicho espacio natural que les rodea. El mutualismo surgido entre el mundo natural y las relaciones sociales conlleva a escenas, espacios y territorios normalizados, según características económicas, culturales y políticas de donde se han originado; para interpretarlas habrá que examinar la historia de dicho territorio o sociedad,

sus medios de producción, uso de la tierra, su arte y significados. Un ejemplo de la anterior descripción es en la época transitoria entre el feudalismo y el capitalismo, como cambiaron las técnicas que cambiaron la óptica de la utilización de la tierra. Otro ejemplo se puede situar entre el norte y centro italianos, en Flandes, el valle del Rin fue el centro económico, su crecimiento poblacional lo enfocó en el mercantilismo entre los siglos XIV y XV y esa concepción de paisaje cambió significativamente. La complejidad de estas actitudes asumidas por la sociedad radica en la politización de los espacios que morfológicamente servían de manera innata para una “exploración natural”, es decir, que utiliza la democratización para intereses particulares de manera hegemónica. Por ende, también decimos que el paisaje se relaciona con las ideologías en la medida en que las características de “materialización del paisaje” obedecen a un contexto ideológico desde lo tangible, su viabilidad reposa en ser modo de producción y así se resignifica. Estando de por medio las relaciones de poder en esta modificación del paisaje son evidentes las ideologías de búsqueda de orden social y afirmación de la autoridad como supremacía en decisiones que afectan a los demás. Además de las formas históricas particulares, entonces la intervención del paisaje como marco de un modo de producción, de ahí la importancia de conocer las circunstancias (políticas, sociales, económicas, culturales, etc) y condiciones en que fue originado un texto y/o documento que hable acerca del paisaje, ya que serán determinantes en la concepción y descripción del mismo; teniendo en cuenta la trascendentalidad que puede tener en su proyección comunicativa e incluso ideológica.

Las haciendas de Mosquera y su tiempo

La poesía de la tierra nunca ha muerto

John Keats



Fuente José Bernardo Sarmiento (hacienda Malta 1985)

El espacio construido de las haciendas reconoce coordenadas espaciotemporales y de un tramo de ideas anteriores que establecen la alteridad del presente frente al pasado. El estilo andaluz encontrado en algunas haciendas nos remite a lo clásico. Se acentúa su presencia, ya que en el espacio rural son pocas las construcciones que destacan en el paisaje que utilizan elementos arquitectónicos con características clásicas, que acentúan su importancia generando diversas reacciones entre la comunidad. De esta manera el sector hacendario forma un microcosmos donde los espacios oscilan entre lo público y lo privado; interactúan entre sí, más que con la zona céntrica de la población:

“Allí estaban como en los mejores tiempos los Umaña, de Tequendama; los Bayona, de Shangri-la; los Cuéllar de Galicia; los Gómez Campuzano de Malta; los Sanz de Santamaría, de La Holanda; los Vargas, de San José y sus primos hermanos dobles, los

Uribe Vargas, de la Merindad; los Valenzuela y Mantilla, de La Victoria; los Wills, de Entre Ríos; los Madero, de la antigua hacienda El Rodeo y; los Urdaneta, de Canoas; los Anzola, de La Jabonera; los Pombo, de La Ramada y sus primos, los Pombo Toro, de San Jorge; los Puyana, de Las Huertas; los hermanos Jimeno, de La Pesquera y sus sobrinos, los Jimeno Vanegas” (Urdaneta, 2002, pág. 88).

Sin duda las costumbres de la vida en las haciendas de Mosquera crearon una variedad de formas que le concedieron a cada una de ellas particularidades que las hacen distinguirse de las demás. Hubo haciendas más dedicadas a la agricultura (San José), otras tuvieron como prioridad su producción lechera (Malta) y no faltaron las que contaban incluso con sus plazas de toros personalizadas para entrenar y disfrutar de la fiesta brava en reuniones familiares y de amigos como La Holanda y Pueblito Español. En su estructura más íntima se pueden revelar particularidades que las relacionan y las hacen pertenecer a una misma familia espacial: Mosquera, y más exactamente la época que comprendida entre la década de los 50 y los 80 del siglo XX. Las haciendas se observan desde la propia experiencia, es decir que, así como la sociedad se transforma, los espacios también lo hacen y con ellos sus significados, algunos se pierden y se adquieren otros, sus nombres son referentes no solo para un espacio sino para una época en especial que cada quien de la manera como testigo lo recuerda. El significado de las haciendas cambia de acuerdo a quien la usa y la produce, tanto para quien la observa, como para quien la interpreta, de acuerdo al tiempo en el que se viva. El campesino la asimilará de una manera, el viajero de otra y seguramente para el propietario y demás habitantes del municipio, será muy diferente. Para la construcción de las haciendas de Mosquera se utilizaron materiales como el adobe, la piedra y la madera, obteniendo como resultado casas de muy buena calidad. Se estaba a la vanguardia en cuanto a corrientes arquitectónicas, aunque a veces estas se

presentaban de manera tímida solamente en algunos componentes, especialmente de la casa grande. A las haciendas llegaron los progresos tecnológicos como el ferrocarril o el telégrafo, facilitando la comunicación. Se cargaba y descargaba el grano, había corredores cubiertos en las fachadas, en contacto directo con el anterior y lugar que servía para la vigilancia y además regulaba el clima; protegía de los rayos directos del sol y de los vientos. Los procesos productivos de las haciendas se relacionaron con las estructuras espaciales de manera tan especial, que generaron cambios que confluyeron en nuevas concepciones arquitectónicas y la construcción de los espacios urbanos, convirtiendo al campo en parte de la urbe del municipio. La estructura espacial de las haciendas estaba directamente relacionada con la sociedad que estaba de acuerdo con la estrecha relación en el proceso productivo, sus espacios fueron resultado de las actividades que allí se realizaron, para ello, se aprovecharon los recursos propios del lugar, tanto físicos como climáticos, con el fin de que funcionaran adecuadamente. Su aspecto formal estaba profundamente relacionado con las actividades provechosas, sin embargo, hallamos formas patrimoniales que se han apropiado para diversas funciones realizadas en ellas, además de algunos elementos de ornato, que también sirvieron como elementos característicos:

“En esa época se le decía así: la hacienda. Tendría por lo menos trescientas fanegadas de tierra y toda clase de cultivos: trigo, maíz, hortalizas, cebada y otros más. El hato era más numeroso, mínimo el doble del que llegamos a ordeñar en años posteriores”. (Urdaneta, 2002, pág. 26).

Sin lugar a dudas la estructura espacial de las haciendas es una construcción social, es decir que modificándose ésta, se transforma el espacio mismo. Con el cambio de poder cambia el significado que tenían las haciendas, perdieron poco a poco su hegemonía, hasta que se redujeron a pequeñas propiedades, algunas veces el último dueño trató de conservarlas y así seguir

produciendo, con el paso del tiempo, llegó un momento en que éste desistió y vendió la tierra que le quedaba conjuntamente con el casco. Ciertas características de las haciendas como el tamaño y las zonas construidas se relacionan con el poder adquisitivo, pero también con la cantidad de recursos naturales a los que la hacienda tenía acceso y la manera en que se aprovechaban. Al conjunto de edificios que formaba la hacienda se le llama casco, este sintetizaba y personificaba el nivel de reputación y de dominio de la hacienda. La vivienda ocupa un lugar jerárquico entre las construcciones de la hacienda, refleja las corrientes arquitectónicas de la época (neoclásico, neocolonial, etc). Interiormente se combinaban espacios abiertos y largos corredores. Las habitaciones de los empleados de confianza se ubicaban dentro del casco, los demás se ubicaban en caseríos dentro de la hacienda. La tienda de raya se hallaba, junto o en la casa del hacendado; era el sitio donde el señor feudal le pagaba a sus empleados y también vendían productos de primera necesidad. Desde los mayorazgos, la herencia que se ha mantenido en las haciendas atiende al buen nombre y prestigio de las familias que con el paso de los años conservaron las casas y parte de sus tradiciones de una generación a otra. Con la constante actividad económica e interacción de varias personas dentro de la hacienda, esta concepción de familia implicaba también un fuerte vínculo de cercanía entre todos. Dentro de las muchas costumbres de la población de las haciendas de Mosquera se acostumbraba a dar pequeños paseos por los alrededores, conversar hasta altas horas de la noche (contando anécdotas o historias del saber popular) y se generaba una constante comunicación, ya que las vivencias en su mayoría giraban en torno a las actividades que se desarrollaban desde la misma hacienda, que nunca estaba sola; convirtiendo a quienes tenían que ver con ella en toda una familia.

La explotación de las haciendas de Mosquera disminuyó notablemente a partir de la década de los noventa, debido a una nueva óptica de desarrollo desde lo empresarial que algunos

hacendados tomaron, arrendando o vendiendo y posteriormente cambiando totalmente su estilo de vida. La vía del km 3 tomó cada vez mayor importancia como corredor vial que al conectar con la calle 13 que conduce al corazón de Bogotá sirvió para ampliar los horizontes de comercio no solo de Mosquera, sino para la Sabana de Occidente en general. La vida “paradisíaca” de las haciendas se convirtió en una forma de vida, por una parte: de los hijos de los hacendados enclaustrados en sus imaginarios y por otra en la de los pocos jornaleros que quedaron para la época, cuya única labor que desempeñaron en su vida fueron las actividades agropecuarias y de ganadería. El caso de Urdaneta es especial porque fue heredero, conoció la ciudad (incluso vivió en Estados Unidos y España), pero regresó a tratar de impulsar el patrimonio familiar. En medio de intentos por mejorar la situación económica hizo malos negocios y tuvo que vender la propiedad. Hablamos del autor porque todo lo anterior le sucede exactamente igual al personaje Sebastián:

“¿Cuántos sinsabores me habría evitado de haber escuchado los consejos del abuelo? En efecto, al estampar mi firma en el pliego de papel sellado sentí que se me derrumbaba el mundo; un nublado amanecer de brazos caídos y esperanzas ignotas atribulaba el horizonte”. (Urdaneta, 2002, pág. 485).

Finalmente, en siglo XXI el acelerado crecimiento demográfico de Mosquera generó varias dinámicas que habían iniciado en la década de los 90, que consistían en primer lugar en el abandono de la centralización de la actividad agropecuaria y ganadera como fuente de desarrollo económico. A medida que avanzó el tiempo, igual que en otras regiones del país, algunas personas vieron como alternativa el empleo en la industria. En el caso de Mosquera algunos se fueron del municipio y otros se vincularon laboralmente con diferentes empresas en Bogotá y zonas como Fontibón. La industria encontró en la zona un excelente espacio para instaurarse y

ofreció empleo a muchas personas que a su vez incrementaron la demanda de las constructoras. Mosquera creció desmedidamente y el comercio con ella, al día de hoy en Mosquera se encuentran centros comerciales, universidades y toda clase de dinámicas que hace apenas unos años eran impensables dentro de la concepción de municipio con sus características arquitectónicas y sociales.

La hacienda Malta como escenario de vida

El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad

Gabriel García Márquez



Fuente Palabras con imágenes, Carlos Macías, 2011 (hacienda Malta 1997)

Esta hacienda es el lugar donde se desarrolla la trama de la novela. Se encuentra en el suroeste del casco urbano mosqueruno que conduce a Balsillas; el estilo de su arquitectura contemporánea

es notorio, así como su fachada en techo de paja. Malta adquiere su nombre en 1916 desde que Chepe Gómez Campuzano (abuelo de Roberto Urdaneta Gómez) la compra. Su nombre está inspirado en la República europea que se ubica en el Mediterráneo, siguiendo la tradición del sector de hacerle honor a las tierras europeas que se adaptaban a las inundaciones, al igual que las haciendas de Mosquera a comienzos de siglo en que las fuertes lluvias no contaban con un adecuado sistema de drenaje:

“El agua fluía hacia los potreros buscando las zonas más bajas, mogotes y pantanos, juntándose con las del río Hunza, hacia la zona suroccidental de la Sabana. Por ello era tan común que los nombres de las haciendas estuvieran vinculados al agua: La Holanda, Venecia, Malta, El Playón, Entre Ríos, Canoas... ¡qué se yo!, siempre haciendo alusión a humedales”. (Urdaneta, 2002, pág. 27).

Malta abarcaba la zona del club serrezuela y la contigua floristería Targa. Era un terreno de unas 20 fanegadas, justo en frente de la propiedad quedaba la tienda “el anzuelo”, sitio de visita de los hacendados con sus empleados a beber y jugar tejo, ya que era el único lugar donde se conseguía chicha en el sector. Por su parte, Chepe Gómez Campuzano (propietario de la hacienda en la novela y en la vida real), hombre hiperactivo, iba de cacería de patos en la década de los 50 junto a otros hacendados e incluso empresarios y expresidentes de la República. También se contaban entre los vecinos a los dueños de la plaza de toros la Santamaría, la familia Sanz de Santamaría que gozaba de mucha popularidad incluso a nivel nacional. También los acompañaban el gerente de la asociación de azucareros Rafael Delgado, Pedro Felipe Valencia de la asociación de cafeteros y el expresidente Guillermo León Valencia gran aficionado a la cacería de patos migrantes de Canadá.

Las relaciones sociales de los habitantes de la hacienda tenían sus particularidades como la cercanía con el escritor Lucas Caballero Calderón, quien vivía en la hacienda Venecia y con su irreverente personalidad no pasaba inadvertido entre las familias del sector, eran ya conocidas sus fiestas y recorridos por el sector que rompían todos los protocolos en búsqueda de don Chepe y los miembros de la familia Gómez. La hacienda se resalta desde su diseño arquitectónico, su espacio, sus cultivos y riqueza arborífera, sin embargo, se nombra discretamente a lo largo de la novela con la salvedad de recalcar la importancia que tiene en la vida de Sebastián y de Urdaneta. La hacienda Malta es un escenario tan importante y transformado, que es nombrado en la obra *Cartas a Alejandro*, con dolor y aceptación:

“En realidad es nuestra misma casa, pero Cristina (nuestra bella con los niños), cuando llaman por el teléfono, responde Hacienda Malta... Todo aquello se me fue. Sin embargo, todavía tenemos un jardín, árboles, grama, la chimenea y nuestras habitaciones. La misma casa, las flores, la luz perenne por todas partes y el mejor lugar, el solárium”. (Urdaneta, 2002).

Una de las personas confidentes de Urdaneta en su juventud fue Jorge Sarmiento quien administró prácticamente toda la vida la hacienda, en la novela el confidente de Sebastián es su abuelo hasta cierta etapa de la vida. Siendo una figura tan común en la literatura la del administrador, capataz, mayordomo o como se le conoce “cuidandero”, en *Memorias de la Sabana* pasa casi por alto, ya que el personaje Arcadio no representa mayor trascendencia en la historia. En Sebastián es una constante la soledad y sabe que debe emprender el camino solo, siendo este aspecto, otro factor decisivo en un buen tramo de la novela. Sebastián figura en su soledad como alguien muy sensitivo y a pesar de haber constituido una familia, de su memoria no escapan los momentos que compara con su duro presente. Volviendo a Jorge Sarmiento, fue

testigo de los juegos y etapas de la vida del escritor y cómplice junto con el paisaje en su inspiración literaria, en Sebastián la complicidad de su abuelo se traduce en la percepción de la naturaleza; volviendo al mismo Urdaneta quien se involucra directamente para su inspiración en la hacienda Malta.

En la fotografía aparecen de izquierda a derecha: Jorge Sarmiento junto a don Chepe Gómez en predios de la hacienda Malta:



Fuente José Bernardo Sarmiento

De entre las historias del saber popular y misterio de la zona, contaban que en la toma de San Miguel se aparecía el diablo, la candileja, la sombrerona y un duende, los indicios no son más que las historias que cambiaban, así como lo hacía su relator que se podía ubicar en el centro de Mosquera o en la periferia. De entre lo que actualmente sería muy curioso, pero para la época fue habitual, cuentan los vecinos que la familia Gómez tenía coches traídos de Europa que eran jalados por caballos, todo un espectáculo para los ojos de cualquier transeúnte de la Sabana y el centro de Mosquera. Incluso hasta principios de los años 90, se movilizaban no solo en estos

coches sino también en sus vehículos particulares y en el tren de la Sabana. La casa de la hacienda Malta contaba con muebles antiguos, baúles con joyas, 2 chimeneas, un altillo y una antigua cocina que recibía muchos invitados de los dueños, todos estos elementos no son descritos en la novela, dándole paso a otros aspectos. Las reuniones se prolongaban hasta por 3 días. Corría la década de los 70 y acostumbraban celebrar con pólvora, comida en abundancia y bebida para todos al son de la música del momento sin dejar de lado clásicos del bolero y la ranchera: “En tanto que el whisky iba y venía sin mengua ni escatimo, los cantos y bailes regionales estaban en su apogeo” (Urdaneta, 2002, pág. 89). La hacienda contaba con una cantidad considerable de ganado Holstein que producía 120 litros diarios de leche y se comercializaban principalmente en Bogotá. Sus alrededores vegetales estaban constituidos por urapanes, eucaliptos y cedros. La decadencia inicia no solo para Malta, sino para algunas haciendas de la zona con la transformación que tuvo que experimentar a partir de 1975, dado que los cultivos de los granos ya no eran los mismos, la producción lechera disminuyó y el municipio empezó a transformar su sendero rural en asfalto. Volviendo al personaje, en la adultez, en 1990 al igual que su alter ego Sebastián, Roberto Urdaneta debe vender la hacienda a raíz de la difícil situación económica, producto de malas decisiones en los negocios y el decrecimiento agropecuario de la región. Fiel estampa de la realidad que Urdaneta no duda en ponerla en evidencia. Los más allegados, los conocedores de su obra y muchos mosquerunos en general, conocen la vida de Urdaneta, saben que en sus obras literarias no hay espacio para el ocultamiento de verdades que por dolorosas o vergonzosas no deban expresar libremente a su ser:

¿Qué sería de mí, sin la madre tierra y la falta de capital que me permitiese sobrevivir para sacar adelante a mi familia? Haber terminado con la heredad de esa manera tan

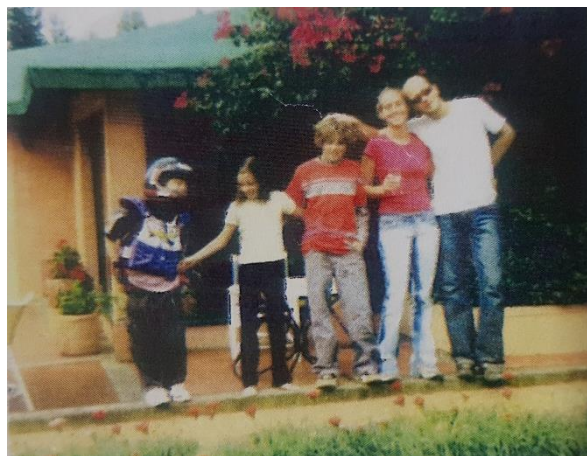
insólita, sin que restara nada diferente que la casa y el jardín, era para llorar”. (Urdaneta, 2002, pág. 485).

Después de ese descalabro no solo a nivel económico, sino también moral, se muda para el conjunto quintas de Serrezuela y de ahí hacia las afueras de Bogotá en donde decide vivir alejado de todo el corpus de vida que le inspiró a nivel literario la Sabana de Bogotá; sumido en la tristeza a causa del suicidio de su hijo mayor Alejandro, ocurrido en el año 2003 en Medellín, en medio de una depresión tal vez más fuerte que la de su padre a la corta de edad de 23 años.

El lector de memorias de la sabana según Bachelard

*Ni se sueña ni se vive:
Es una infancia sin fin.*

Fernando Pessoa



Fuente Salvatore Maldonado

Al emprender el camino de lectura de un texto como el de Roberto Urdaneta Gómez (en la fotografía junto a su esposa e hijos en el 2005) y no solamente su novela Memorias de la Sabana, sino la gran mayoría de su producción literaria nos encontramos con un epicentro que inunda su campo de acción inmediato de una añoranza y sensibilidad hacia épocas remotas, en que tanto los hechos como los lugares cobran gran importancia para el desarrollo de las historias. Para el lector que desconozca ciertos ámbitos y características rurales y sabaneras constantes en la obra de Urdaneta, no será fácil comprender ciertas expresiones y referencias espaciales; sin embargo, dentro del camino de la vida de la gran mayoría de los seres humanos se entiende como intrínseco el proceso de desarrollo de la emotividad hacia el espacio que nos rodea.

Gastón Bachelard, en su texto “La poética del espacio”, propone la explicación sensitiva del ser humano para con los espacios desde la psicología. Asegura Bachelard que la imaginación poética se debe al psiquismo, es decir, que el motor sensitivo por y para los imaginarios literarios que en este caso están delimitados por la Sabana de Bogotá, se deben a la psiquis que se ha fundamentado en el personaje principal de la novela que funciona como lo hemos reiterado a manera de alter ego del autor dados sus antecedentes de vida y la gran similitud de su estilo vivencial con los personajes de su obra. Es decir, que, sin la incidencia del paisaje en la sensibilidad del propio Urdaneta, tal vez, no contaríamos con dicha obra, ya que la misma actúa como espejo sentimental del autor y lo proyecta para transmitir lo mismo especialmente en los lectores que conocen los lugares citados. Esa imagen poética que es evidente en la obra y los pensamientos del personaje principal, resplandece a partir de imágenes, es el eco del pasado de Sebastián que todo el tiempo insiste en recalcar en los aspectos que constituyeron el disfrute de su vida. Es relativa, subjetiva, muta; le solicita al lector que no se base en imágenes como objetos, sino que asimile el texto de acuerdo a su criterio y convicciones. Se insiste en la

importancia de la individualidad del proceso apreciativo y su importancia como constructor de las imágenes que (en el caso de la literatura) son fundamentales para el engranaje de la narración con el concepto que se teje:

“Las doctrinas tímidamente causales como la psicología, o fuertemente causales como el psicoanálisis, no pueden determinar la ontología de lo poético: nada prepara una imagen poética, sobre todo no la cultura en el modo literario, ni la percepción en el modo psicológico”. (Bachelard, 1957, pág. 5).

En tanto podemos afirmar que la imagen poética se debe a la creatividad que es cómplice del lector también, y lo convierte en artista que configura las palabras. Un ejemplo muy claro de lo anterior es la mejor forma simbólica que tiene el paisaje para las personas. Lo que para nosotros es una hacienda, para Urdaneta es su vida entera. La lectura del paisaje desde la sensibilidad permite la proyección de los significados producto de la construcción individual, que asociados a la literalidad desde el lenguaje en palabras de Bachelard es:

“La conciencia poética está, tan totalmente absorta por la imagen que aparece sobre el lenguaje, por encima del lenguaje habitual -habla, con la imagen poética, un lenguaje tan nuevo—, que ya no se pueden considerar con provecho las relaciones entre el pasado y el presente”. (Bachelard, 1957, pág. 7).

Prima entonces, el proceso individual en el cual la imagen se des intelectualiza, se seculariza de formalismos psicológicos y emprende el camino sensitivo de la libertad, único en el cual un mismo término tiene infinidad de significados y formas. Vemos que las imágenes tienen diversas interpretaciones partiendo desde el mismo escritor, según Lescure:

“El artista no crea como vive, vive como crea”, aunque en el caso de Urdaneta podemos decir que se adapta a las dos situaciones, ya que utiliza el camino de la memoria para liberarse de su presente y ahondar en recuerdos que le constituyen como lo que es. Más allá de la mirada romántica de que todo tiempo pasado fue mejor, Urdaneta contrapone el valor de las experiencias vividas en el territorio rural de Mosquera, ante el desarrollo que puede lucir estéril como fuente sensitiva. Al autor y al ser humano en general la memoria le condena y le llena de gozo, siempre estamos mirando al pasado, con lujo de detalles y se conservan las sensaciones que reinterpretan lo que ha sido nuestra existencia, traducida en imágenes poéticas que se asumen gracias al psiquismo. Este se encarga de la formación de los arquetipos que constituyen nuestra sensibilidad, las imágenes de orden y las estructuras de la naturaleza poética. En cuestiones espaciales, el entorno, en este caso el paisaje por medio de la naturaleza poética, constituida por imágenes bucólicas y la conciencia de habitar, que se desarrollan de acuerdo a la teoría de Bachelard a través de los cuatro elementos fundamentales de la naturaleza, cada uno ligado a rasgos primordiales del ser humano: Agua (maternidad), fuego, (domesticidad hasta crecimiento), aire (espacio inmaterial hasta empatía simbólica) y tierra (refugio). Ahora bien, si la anterior teoría tiene como soporte la naturaleza misma del ser humano, podemos concluir que uno de los destinos en el trasegar de la vida es el de sentir a través de los elementos que nos rodean, independiente de sus características, importando la significación que les atribuimos.



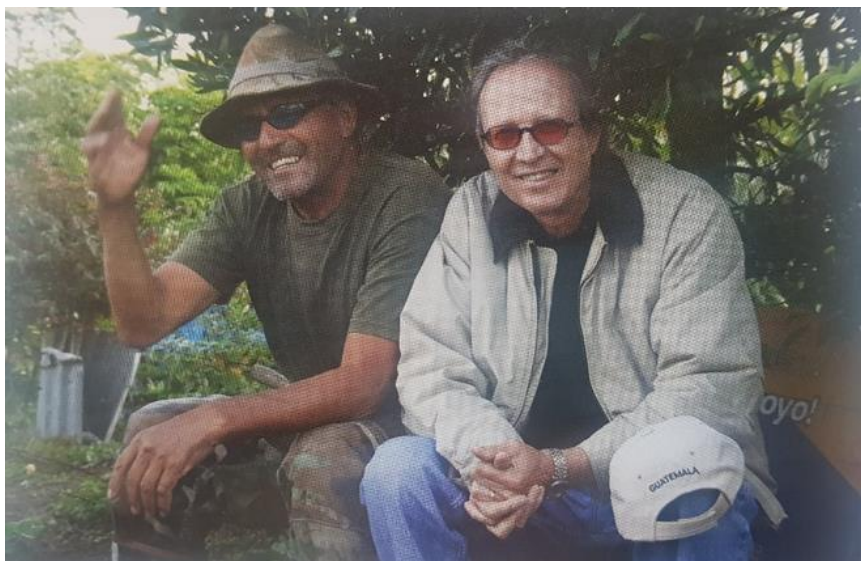
Fuente José Bernardo Sarmiento

Entendemos que el ser humano se relaciona con su entorno subjetivamente. Su relación con todo aquello que le rodea es un espiral que no tiene principio ni fin consiente. El ser humano, la partida y el final, interno y externo, constituyen una constante para su formación sensitiva. Dicho proceso incluye las acciones en las que la interacción con los demás genera puntos de recordación como la relación entre Santiago y su abuelo don Chepe Gómez (en la fotografía), muestra además de la inmersión de la realidad en la literatura sin exagerar en la ficción, creando un documento prácticamente fiel a la realidad. Es por ello que Roberto Urdaneta Gómez en su novela Memorias de la Sabana es honesto consigo y con el lector que acepta su invitación a subirse en la contemplación del ensoñador paisaje mosqueruno.

Roberto Urdaneta Gómez, literatura y sensibilidad

En la madrugada, mientras la neblina se iba disipando, podías ver entre el ramaje de los eucaliptos, un sol escarlata brotando de la plenitud de las montañas. Al atardecer, por el costado opuesto, al ganado alejándose rastra abajo, en su lento peregrinar hacia los potreros, como una constante que se repetía todos los años y a la misma hora: la hora del sol de los venados.

Roberto Urdaneta Gómez (Memorias de la Sabana, 2002)



Fuente Palabras con imágenes, Carlos Macías, 2011

El escritor Roberto Urdaneta Gómez (en la fotografía a la derecha, acompañado de Salvatore Maldonado a la izquierda) nació en Ginebra Suiza, en 1955. Colombiano por adopción ha tenido desde siempre vocación por las artes, en especial por la literatura. Estudió ganadería en el Sena y en 1982 publica *Tiempos de cometa*. Se traslada a España donde realiza cursos literarios en la Fundación Ortega y Gasset. De vuelta a Colombia publica *Al otro lado del crepúsculo*, *El iluso* y *¡polizones...!* con la editorial Plaza & Janés. En el año 2004 obtiene el título de profesional en estudios literarios de la Universidad Javeriana. Su producción literaria la complementan: *Tiempos de cometa* (1982), *Al otro lado del crepúsculo* (1991), *El iluso* (1992), *¡Polizones!* (1993), *Cartas a Alejandro* (2008), *Salvador el guardián de la laguna* (2008), *Historia de C.U.H.* (2015), *Diario de un cazador* (2016), *Viejo del alma* (2016), *Divorcio* (2016), *Mi tesis* (2016), *Casa de poemas para Alejo* (2016), *Un cuarentón en la U* (2017), *Inventario* (2017), *Mi historia* (2018), *Diarios de un despistado* (2019) y *Contando los días* (2019).

La vocación literaria de Roberto Urdaneta Gómez ha sido asumida desde su necesidad de comunicar lo que le inspira su territorio. Dicha vocación lo lleva a las aulas universitarias a una

edad adulta, en un acto de entrega sensitiva por sus convicciones y su amor por la literatura. La entrega continua y más aún con la concreción de *Memorias de la Sabana* (2002), en la cual recapitula y comparte sus fuentes de melancolía a través de un viaje al pasado, reconstruye las imágenes que ya no están materialmente; pero que sin duda siguen presentes en su ser: “yo tenía una finca, cerca de la capital. El clima era agradable durante el día, el sol radiante y el cielo azul; frío, aunque tolerable en horas de la noche, sin mutaciones de mayor valía”. (Urdaneta, 2002, pág. 14). De acuerdo al concepto de Antonio Garrido Domínguez en el capítulo *El espacio de El texto narrativo* (1996):

“A partir de la filosofía kantiana se ha ido insistiendo cada vez con mayor fuerza en la importancia de la categoría del espacio no sólo para el lenguaje y la antropología cultural sino, sobre todo, para el universo del arte”. (Garrido, 1996).

Por más abstracto que sea el arte (en especial la literatura); el papel del espacio es fundamental en la ubicación, proyección e incidencia de acontecimientos de la historia. Para el caso de esta tesis en la que se plantea la incidencia del paisaje, puntualmente el paisaje rural del municipio de Mosquera en la sensibilidad de los personajes de la novela *Memorias de la Sabana* de Roberto Urdaneta Gómez, sin duda el espacio figura como protagonista en esta novela que no avanza sin describir minuciosamente su ambientación y de paso se origina una cartografía social en cuanto a la caracterización de los componentes del paisaje mosqueruno. Cuando el narrador crítica ese pasado, redimensiona su presente con nuevas herramientas que le reconfortan para continuar, es autodidacta, libre de estereotipos clásico-literarios; él mismo pone sus límites y transita aquellos caminos que antaño a lo único que invitaban era a la libertad:

“El cerro a lo lejos no tardó en ocultarse, entre el amago del aguacero y la neblina que se atisbaba descender de los cerros, y en cuestión de segundos, antes que lo advirtiéramos,

se desgajó el chaparrón ¡que llueva, que llueva, la virgen de la cueva!”. (Urdaneta, 2002, pág. 22).

La narración nos lleva a la auscultación de los personajes, los hechos que les marcaron entre la década de los 80 y los 90, y la evolución que va tomando la voz narradora mientras es testigo de los cambios en el medio, la Sabana de Bogotá, el municipio de Mosquera y la hacienda en la que desde la niñez se inició la concepción del mundo para el joven Sebastián. Sin duda una travesía de acento biográfico, en la que la subjetividad, los factores hereditarios y el romanticismo buscan la reafirmación del yo Urdaneta; hacia sus ancestros, su educación, su vida en la zona rural de Mosquera Cundinamarca en medio de una cartografía social y espacial cuyo centro de gravedad es sin duda el paisaje. Esa narración que aparece y desaparece escenarios, es la voz mágica posible gracias (en este caso) a la realidad, pues el autor no ha escatimado y al contrario; se queda corto en nombrar los sitios estéticamente llamativos del municipio de Mosquera, como parte del contexto de la historia. Entre los lugares que no fueron nombrados está el desierto de Sabrinsky o las piedras de La Usca, que encierran historia identitaria del municipio, desde el concepto de Garrido Domínguez: “Además de un concepto, el espacio narrativo es ante todo una realidad textual, cuyas virtualidades dependen en primer término del poder del lenguaje y demás convenciones”. (Garrido, 1996). De acuerdo a lo anterior, sin duda el paisaje mosqueruno es una realidad que trasciende lo textual y se incluye dentro del espacio narrativo libremente, y es el lenguaje el que tiene que dar alcance para la correcta descripción de dicho espacio.

Cuando la relación entre el protagonista y el medio que le rodea es tan cercana, se despliega el sentido de la historia, es decir, aquellos personajes tan bien descritos como los abuelos o los peones de la hacienda trascienden en el testimonio de lo que se vive en una hacienda

mosqueruna, con las características espaciales y climatológicas del caso. Son momentos conmovedores en los que Sebastián comparte su niñez con Esteban, hijo de doña Brígida encargada de la cocina en la hacienda; una época irrepetible en la que no hay distingo social y el compartir de los juegos está por encima de todo:

“Esteban me confesaba con franqueza que tenía un tío que trabajaba como chofer en Transportes Bermúdez Ltda, y él, por supuesto la elegía, mientras a mí me tocaba contentarme con la flota Santa Fe. Durábamos horas imitando el acelere de las flotas, ¡run-ruun!, cómo aceleraban y se impedían el paso, cerrándose por llegar de primeras a Funza, y, lo más importante, a la meta”. (Urdaneta, 2002, pág. 116).

Ahora bien, en la anterior cita no solo nos ubicamos en un espacio determinado, sino que hacemos un mágico y conmovedor viaje en el tiempo, que da cuenta de las recurrencias artísticas del autor, como lo es el valerse de anécdotas cuya carga humorística da cuenta de situaciones que marcaron y además de acuerdo al contexto social jamás volverán siquiera en otra generación. Se reitera la particularidad del tiempo, el cual ya no podemos cambiar, sin embargo, su actuar dentro de determinado espacio nos marca precisamente por esa prolongación de los espacios, sea en su conservación o transformación total:

“El tiempo se condensa -dice-, se vuelve compacto, visible para todo arte, mientras que el espacio se intensifica, se precipita en el movimiento del tiempo, de la trama, de la Historia. Los Índices del tiempo se descubren en el espacio. el cual es percibido y mensurado después del tiempo”. (Bajtín, 1978).

Volviendo a Urdaneta, de acuerdo a su carácter autobiográfico (Urdaneta vivió gran parte de su vida en la hacienda Malta), lo que le da más valor a este tipo de novelas es que se vale más de

la memoria que de las creaciones producto de la imaginación. Más allá del cliché de que la realidad supera la ficción, notamos en su obra varios mensajes más allá de la mirada nostálgica y autobiográfica de un territorio y situaciones irrepetibles, también hay un mensaje de reflexión que pone al criterio del lector. Es bien sabido el gusto que generan pasatiempos como la cacería o la tauromaquia en algunas personas, en Memorias de la Sabana se cuenta la actividad de la cacería de patos como una anécdota dada en ciertas condiciones, que distan de cualquier partido que se tome a favor o en contra de parte del autor. Ciertas referencias al tema ya habían sido planteadas hábilmente por el autor en la obra Memorias de un cazador, en la cual se contextualiza el “arte” de cazar patos mucho más allá de disparar a los animales:

“La cacería no está buena por estos días y no madrugué. Me fui sólo con Enrique –el hijo de doña Cristina, mi empleada de la hacienda Malta–, mi gran recogedor, y la ‘Negra’, una buena perra Labrador que me gané en un torneo de skeet en Los Pinos Polo Club, pegado al San Andrés Golf Club. Salimos a las 12 del día. Nos dirigimos a un bonito potrero de la hacienda San José, al otro lado del camino, que tenía cinco árboles que se llamaban eucaliptos. Pero durante un par de horas tan sólo maté una paloma”. (Urdaneta, 2016).

Las anécdotas si no fueron vividas en carne propia, son comentarios o historias que alguna vez oyó en el espacio donde acontecieron. El autor le apuesta a la realidad y sabe convertirla en literatura, gran ejemplo para aquellos autores que por llenar páginas recurren a ideas inverosímiles y desfasadas de contenidos que no aportan al hilo narrativo. Roberto Urdaneta testimonia aquellos pequeños detalles que de no contar con su particular sensibilidad habría podido dejar pasar. A lo largo de toda la obra las referencias a su abuelo, don Chepe Gómez, no son más que de agradecimiento por haberle permitido compartir su vida en aquel lugar tan

mágico que fue la hacienda. Podemos decir que la poética de la obra pervive gracias a la clave constituida por el personaje del abuelo. No es difícil la evocación hacia don Chepe y se configura fácilmente para que el lector desde su experiencia sienta, además de la relación intrínseca de dicho personaje con el medio y la paternidad que asume hacia Sebastián:

“Se quedaba contemplando el jardín impregnado de rocío del amanecer, el cerezo a un extremo y la huerta al otro lado, al fondo los cerros en primorosa levedad, y luego me invitaba a su lado, para que rezáramos juntos la oración de la mañana...”. (Urdaneta, 2002, pág. 19).

Nos encontramos ante un inventario novelado, un anecdotario sin realce estético ni pretensiones más allá de evidenciar la vida en una hacienda de Mosquera, desde el punto de vista de un joven hacendado que se abre camino en medio de las dificultades propias del medio, su decisión de permanecer en la ruralidad al margen de sus contemporáneos quienes optan por una vida citadina y por otro lado la presencia del paisaje natural; propio de la Provincia de Sabana de Occidente con sus características que sin duda alimentan los imaginarios y la sensibilidad de propios y extraños al espacio rural de Mosquera. Memorias de la Sabana es una novela que piensa en el lector, contextualiza y comparte un lenguaje espontáneo, con expresiones coloquiales sin más explicación que la de suponer que en algún momento habremos escuchado acerca de la vida en la ruralidad, sea por una persona cercana o lejana a la cual le escuchamos expresiones propias del terreno del altiplano Cundinamarqués: “De golpe y sin previo aviso, el aguacero se desgajó. La chusma salió en estampida... llegué a casa emparamado hasta los calzoncillos. Un árbol se había desgajado y casi no puedo pasar... pedí una aguapanela hirviendo...”. (Urdaneta, 2002, pág. 197).

La inclinación hacia la cacería como generador de polémica y eventualmente razón de distanciamiento sentimental entre el protagonista y el lector se fundamenta en el amor filial, el modelo a seguir y el respeto que siente Sebastián por su abuelo en la medida en que este último opera como jefe de tribu; es el hacendado que delimita los hábitos y el funcionamiento de la hacienda, no de manera impositiva; sino mejor sea dicho basado en la tradición que le acompañará hasta su muerte. Las alusiones a la cacería también están presentes en su obra *Diario de un cazador* (2016) y en *Salvador el guardián de la laguna* (2008); obras en las cuales las referencias a las bondades del distrito de riego y drenaje la ramada por su labor en beneficio de los cultivos y en las épocas de lluvia y además la presencia de la laguna de La Herrera como uno de los valores patrimoniales más importantes con los que cuenta Mosquera. La historia se mueve en dos espacios sabaneros: el aéreo y el terrestre, en el primero vuela la imaginación de Sebastián junto con las especies propias de la región como los patos canadienses y las tinguas, su espíritu de cazador despierta desde niño escuchando los comentarios de su abuelo y su grupo de cazadores veteranos, las aves en medio de la ironía de su último vuelo le dibujan el paisaje que le mantiene con los ojos perdidos en el firmamento. En el caso del espacio terrenal, el horizonte sabanero se asemeja a la vida en años mozos que teje posibilidades hacia el infinito, se pierde el verde de los pastos con la neblina que baja desde el cielo invitando a conocerla. La cría, el ordeño y en general la manutención del ganado se convierten en la especialidad que asumirá el adulto Sebastián, siguiendo las pautas marcadas por su abuelo para el sostenimiento de la hacienda, en un medio que presentará dificultades para el naciente hacendado que empieza a entender la responsabilidad que acarrea dedicarse al comercio con animales.

Memorias de la Sabana es una obra de sentido visual y táctil, por un lado, la descripción de las especies de aves, parcelas, los rostros de las personas, la vida de los peones y su dependencia

de la hacienda en medio de las relaciones de poder que más allá de ser justas, es lo único que tienen y desde el sentido táctil es una novela que evoca las propiedades del tiempo como las invernadas en las que de madrugada es necesario hacer fogatas para evitar que la fuerte helada afecte a los árboles. Nos encontramos ante una batalla premoderna que con su sello bucólico enfrenta el caos del desarrollo en una época en la cual los paisajes se liquidan para dar paso a formas más modernas de vida. La narración es subjetiva no como arbitrariedad de sesgo para con el amigo lector, sino como lealtad a las memorias del autor, a esa sentimentalidad que recorren los recuerdos paisajísticos y las anécdotas vividas en un espacio que hace parte del recuerdo. Dicha poética inspirada en el paisaje mosqueruno y sus bondades también ha sido destacable en la obra de Juan Rosa Hende, poetisa mosqueruna que, con el conocimiento del área rural de Mosquera, con la óptica de habitante del común del centro del municipio, retrata su visión del territorio en melódicos versos:

“Les cuento a toda la gente que antes, allá en la región de la laguna de La Herrera, venían patos por montón-Llegaban en grandes bandadas de Rusia y del Ecuador y muchos traían en la pata unas argollas de honor-Venían patos australianos, canadienses y argentinos y también allí llegaban ecuatorianos y suizos”. (Hende, 2017, pág. 21).

Los puntos de vista de Urdaneta frente a la situación social del momento, como sus opiniones políticas, la burocracia y la corrupción, crean un paralelo entre la intención y la sinceridad, no hay espacio para la fabulación; es más una carta personal que no pretende competir con los best seller y nos entrega dos grandes enseñanzas, la primera la importancia del paisaje como eje transmisor de sentimientos, ideas y recuerdos para los seres humanos, su conectividad con la vida y la segunda, la imposición de los medios de producción propios de la modernidad sobre la naturaleza y las obras que en su momento fueron relevantes a nivel social y cultural y

lamentablemente no lograron ser rescatadas para su conservación y considerárseles como patrimoniales. Es decir que, aunque en la novela se cambie con frecuencia y rapidez de temas que le atañen al personaje principal, siempre serán movidos por la sensibilidad del autor que evidencia claramente que más que una novela, Memorias de la Sabana se trata de una biografía hábilmente retratada.

Conclusiones

La incidencia del paisaje mosqueruno en los personajes de la novela *Memorias de la Sabana*, se evidencia empezando por su protagonista Sebastián, nieto de don chepe Gómez, dueño de la hacienda Malta ubicada en medio de un paisaje que para finales de la década de los ochenta, contaba con gran riqueza natural a su alrededor.

El gusto y cuidado por la naturaleza lo hereda de su abuelo, de acuerdo a las experiencias que este traduce en enseñanzas desde que Sebastián era un niño, razones que le motivan a estar expectante a su entorno.

En los demás personajes como la abuela y el administrador Arcadio, la sensibilidad que evidencian hacia la vida, también está influenciada en la medida de sus posiciones; para la primera como sombra del abuelo y para el segundo como parte de su labor diaria.

El encuentro con la novela *Memorias de la Sabana* de Roberto Urdaneta Gómez evidencia su núcleo como un balance experiencial y patrimonial, sabanero y mosqueruno, a través del cual el autor suizo de nacimiento y adoptado por el paisaje que circundaba las haciendas; ha utilizado la escritura como vitrina biografiada para trazar la cartografía espacial de la Mosquera de su momento, de sus ancestros y de su memoria de vida.

El papel que desempeña la psicología ambiental es determinante para influenciar a los individuos en su apreciación no solo de la naturaleza, sino también para su vida. Cuando nos embarcamos en la lectura de *Memorias de la Sabana*, somos testigos desde la primera página, de cómo el paisaje incide en la sensibilidad de los personajes en medio del calor de hogar que aflora y contrasta con el frío del altiplano Cundiboyacense. Salen a flote entonces, aspectos clave que constituyen la influencia del entorno como especies vegetales y animales, accidentes que son

más bendiciones geográficas, que se mezclan con la vida tradicional en familia; allá en un resignado comienzo de finales de siglo, donde el sonido del tren de la Sabana se despedía tímidamente como motor experiencial del protagonista que se proyecta y alimenta sus imaginarios hacia una vida soñada.

La sensibilidad despertada funciona como una composición cuyos bloques atienden a la apertura establecida desde la psicología, la experiencia y la disposición de Sebastián, voz narradora y conciencia de Urdaneta, quien no tiene reparos en volver una y otra vez a la apreciación estético-emotiva que le provee la naturaleza. Cada detalle es infinito, tras de sí acarrea años de sabiduría que en cabeza de su abuelo materno don Chepe Gómez, conforman el anecdotario de su familia.

Hábilmente el autor ha contextualizado los componentes del paisaje mosqueruno manejados desde la verosimilitud literaria superpuesta sobre la ficción, en un acto alejado de la ambición retórica y constituido por la necesidad de comunicar su verdad. Urdaneta atiende el llamado del rescate de la memoria de las haciendas de Mosquera que, desde principios del siglo XX, se impusieron como el eje de desarrollo de un municipio, que no se había destacado hasta la primera comunicación telegráfica realizada en 1865, cuando aún se llamaba cuatro esquinas.

De esta manera nos llevamos el testimonio que Urdaneta forma a través de su obra. Es un inventario poético de aspectos sociales, que parten desde la premodernidad patriarcal y los hace partícipes de su convicción territorial, plasmando la explicación de los fenómenos socio económicos, que se diluyen lentamente en el pasar de los años, hasta desembocar en el desarrollismo moderno; causa principal de la desaparición del modelo hacendado, de su desdicha moral y económica. Así leemos los paisajes, esos selectos lienzos donde reposan las historias de vida de quienes nos dejamos motivar por su motor sensitivo, que se traduce en su perpetua existencia.

Bibliografía

- Alcaldía Municipal de Mosquera. (2018).
www.mosqueracundinamarca.micolombiadigital.gov.co. Obtenido de
www.mosqueracundinamarca.micolombiadigital.gov.co:
<https://mosqueracundinamarca.micolombiadigital.gov.co/municipio/geografia--y-economia-de-mosquera>
- Bachelard. (1957). *La poética del espacio*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Bajtin. (1978).
- (2019). *Cartilla Pedagógica Digital Aprendiendo de Mosquera*. Mosquera. Obtenido de
www.mosqueracundinamarca.micolombiadigital.gov.co:
https://mosqueracundinamarca.micolombiadigital.gov.co/sites/mosqueracundinamarca/content/files/000850/42489_cartilla-pedagogica-digital_aprendiendo-de-mosquera.pdf
- Castillo, D. d. (2005). *Cronistas de Indias*. Bogotá: Panamericana.
- Chéjov, A. (10 de Mayo de 1886). Carta a Aleksandr Chéjov. Moscú, Rusia.
- Crimen y castigo. (1886). *Crimen y castigo*. Moscú.
- Duncan. (2001).
- Garrido. (1996). *Teoría de la literatura y literatura comparada*.
- González. (1929). *Viaje a pie*.
- Greiff, D. (1946). *Cancioncilla*.
- Guillén. (1989). *Paisaje y literatura o los fantasmas de la otredad*.
- Hende. (2017). Bogotá.
- Isaacs. (1967).
- Leguen, B. (2010). *El paisaje en la literatura francesa a partir del siglo XIX y sus relaciones con la pintura*.
- Llamazares. (1990). *El río del olvido*.
- Lleras. (1981). Obtenido de <https://www.semana.com/especiales/articulo/la-ultima-entrevista/12905-3>
- Macías. (2011).
- Mijailov, M. (2005). *La revolución industrial*. Bogotá D.C: Editorial Cupido.
- Mosquera, A. d. (2019). Obtenido de
<https://mosqueracundinamarca.micolombiadigital.gov.co/turismo/cartilla-pedagogica-aprendiendo-por-mosquera>

Ríos, D. I. (1916).

Rivera, J. (1924). La vorágine. En J. E. Rivera, *La vorágine*. Yopal: Editorial A.B.C.

Roth. (12 de 2000). *Revista ciencia y cultura*. Obtenido de
http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2077-33232000000200007

Saramago, J. (1981). Viaje a Portugal.

Sauer. (1941).

Soto Aparcio, F. (1962). La rebelión de las ratas. En F. Soto Aparcio, *La rebelión de las ratas* (pág. 3). Bogota D.C: Plaza & Janés S. A.

Tiempo, E. (21 de 06 de 1997). Obtenido de
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-607009>

Torres. (2009).

Urdaneta. (2002). En *Memorias de la Sabana*. Bogotá: Plaza & Janés.